



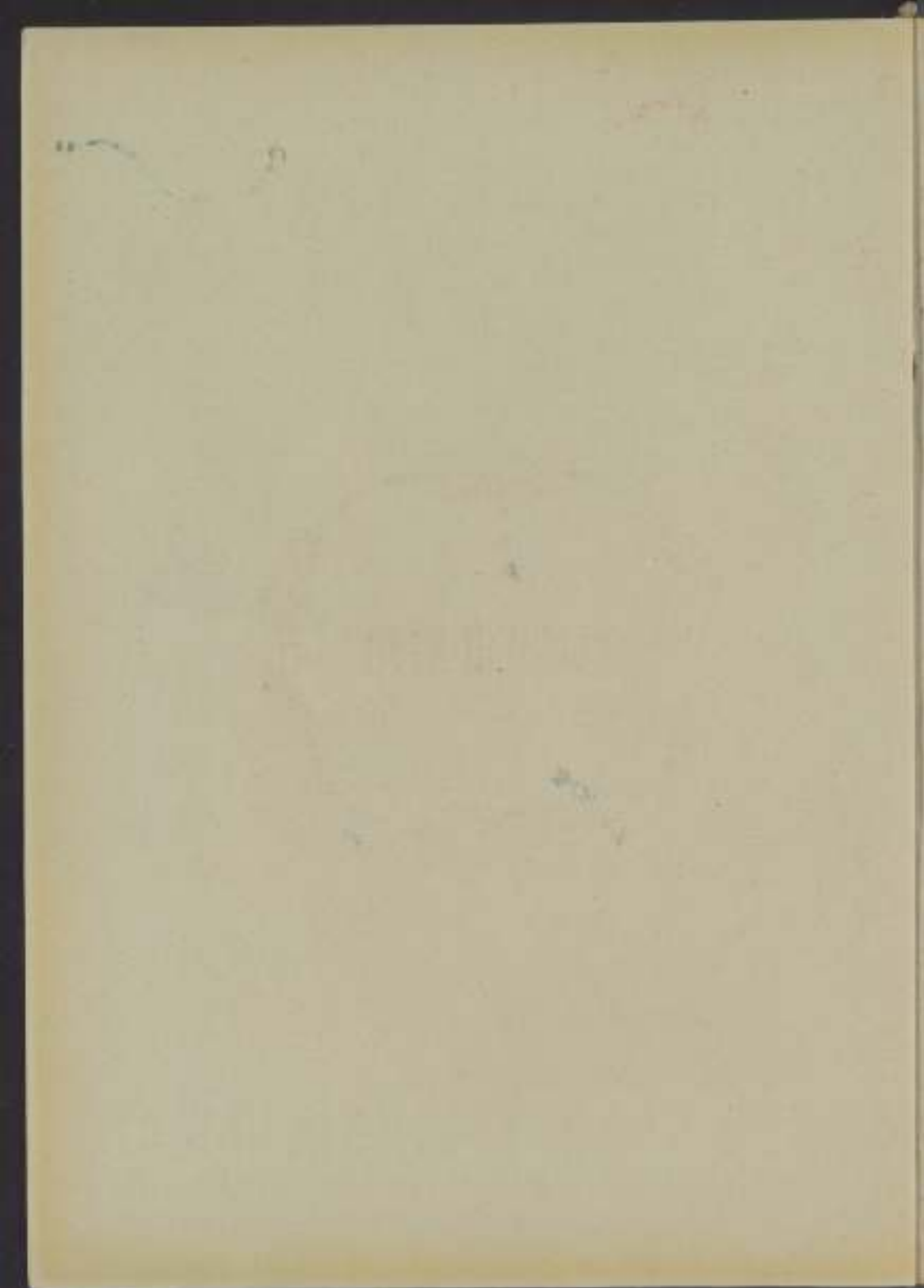
Color by Technicolor



# AL ROJO VIVO

**JAMES CAGNEY - VIRGINIA MAYO**

**EDMOND O'BRIEN**





Reservados los derechos de  
redacción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO  
Valencia, 234 Teléfono 27.00.57  
BAX PLONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Aportado 707 :: BARCELONA :: Teléfono 70657  
Valencia, 234 :: Dirección telegráfica: EDITALAS

ACRÉDITO DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barbora, 16, Barcelona - Fernera, 4, Madrid

EDITORIAL  
"ALAS"

AÑO XVII

SERIE ESPECIAL

NUM. 404

NUM. 155

## AL ROJO VIVO

Hacia el año 1936 la organización del F. B. I. (Oficina Federal de Investigación), consiguió quebrantar la espina dorsal del «gangsterismo» en los Estados Unidos. Una enérgica campaña policial terminó con la corrupción de las autoridades, vendidas a las pandillas de pistoleros, y ciudades tan peligrosas como Chicago volvieron a la normalidad.

Mas, terminada la última guerra mundial, los «gangsters» aparecieron otra vez en las ciudades norteamericanas. Ex combatientes que se negaban a volver a la rutina de su trabajo, o que habían aprendido a luchar en pequeños grupos contra el enemigo, se negaban a adaptarse a la vida civil y pacífica, que despreciaban.

AL ROJO VIVO, de Warner Bros., que ahora ofrecemos en forma de novela, nos relata la dramática vida y los execrables delitos de un bandido imaginario: Cody Jarrett. Imaginario tan solo en el nombre, porque la historia de ese criminal se basa en una serie de hechos ocurridos realmente.

James Cagney llega a la cúspide de su gloria con la odiosa interpretación de Cody Jarrett, el bandido que estaba dispuesto a llegar a «la cumbre del mundo», hasta que el mundo lo destruyó.

Si apasionante resulta esta película — brutal, violenta, pero inolvidable —, otro tanto le ocurre al relato que hoy presentamos a ustedes «creyendo» que, con él, va aparejada una formidable lección que todo el mundo debiera aprender: EL CRIMEN SIEMPRE ES UN MAL NEGOCIO.

WARNER

Paseo de Gracia, 77  
BARCELONA



BROS.

Plaza del Callao, 49-C  
MADRID



PRINCIPALES INTERPRETES

---

<i>Cody Jarrett</i> . . . . .	<b>JAMES CAGNEY</b>
<i>Verna</i> . . . . .	<b>VIRGINIA MAYO</b>
<i>Hank Fallon (Vic Pardo)</i> . . . . .	Edmon O'Brien
<i>Ma Jarrett</i> . . . . .	Margaret Wycherly
<i>«Big Ed» Somers</i> . . . . .	Steve Cochran
<i>Philip Evans</i> . . . . .	John Archer
<i>Cotton Valetti</i> . . . . .	Wally Cassell

---

Director:

**RAOUL WALSH**

---

---

## EL ASALTO

La poderosa locomotora del ferrocarril, como monstruoso animal mitológico, corría incansable por la llanura, acercándose a la cadena montañosa que separa los Estados de Nevada y California. Era un viaje absolutamente normal y ambos maquinistas se felicitaban por la exactitud de su horario que les permitiría hacer su recorrido en el tiempo reglamentario.

Si todo hubiera sido normal y correcto de no haber viajado en el mismo ferrocarril la Tentación y el Crimen.

La primera estaba representada por unos sacos de lana, muy bien precintados, en los que había trescientos mil dólares en billetes nuevos que acababa de editar el Departamento del Tesoro.

En cuanto al Crimen se hallaba presente gracias a Big Ed y Happy, dos bandidos bien armados y sin escrúpulos que esperaban el momento de iniciar sus actividades de acuerdo con el plan rigurosamente trazado por el jefe de la cuadrilla.

Poco después, cuando el tren disminuyó ligeramente su marcha al iniciar el ascenso hacia la montaña, Big Ed salió de su departamento y con calmado paso se dirigió al encuentro de uno de los conductores que estaba dormitando en su asiento.

Para despertarlo le dió un empujón y le mostró su pistola, sin añadir una sola palabra. Aquel hombre ya no era joven, pero, no obstante, aun conservaba su valor y tenía pleno conocimiento de su responsabilidad. Con arrojo suicida quiso ponerse en pie para desarmar al asaltante.

Peró Big. Ed no era un fanfarrón, sino un verdadero asesino. Su pistola ladró una sola vez y el conductor cayó al suelo hecho un ovillo. Big lo agarró por el cuello de su chaqueta y lo arrastró hasta el otro extremo del vagón, donde Happy amenazaba al otro empleado del tren, que permanecía con las manos en alto.

—No quiso jugar — explicó Big, dejando caer el cadáver de su víctima — ¿Qué tal se porta este?

—Es muy buenecito — contestó Happy.

—Detén el tren y deja que bajemos — le ordenó Big.

El empleado se disponía a ponerse en pie para tirar del timbre de alarma, pero Happy le obligó a sentarse nuevamente.

—Espera. Ya te avisaremos.

Casi al mismo tiempo, un poderoso automóvil de turismo corría por una carretera paralela a la vía del tren. En el coche viajaban cuatro hombres de aspecto poco tranquilizador, y su jefe, Cody Jarrett, sobre todo, era un tipo de facciones muy ocu-sadas, duros y enérgicas, en las que parecían leerse todas las malas pasiones.

A un gesto suyo, el conductor pisó a fondo el acelerador cuando todos pudieron oír el penetrante silbido de la locomotora que en aquel momento penetraba en el interior de un largo y sinuoso túnel.

Luego el automóvil llegó a la vía del tren y se detuvo con áspera chirrido de sus frenos. Cody, seguido por dos de sus compinches, echó a correr y les ordenó:

—¡Cotton! Cuando nos hagamos con el tren, actúa en seguida. Tú, Zuckie, ¿sabes lo que has de hacer?

—Sí, Cody — replicó el otro nerviosamente —. Primero, romper la aguja del desvío, y luego...

—Está bien, a hacerlo, pues. No hables tanto — le interrumpió.



pió Cody echando a correr para situarse en el arco del túnel para saltar sobre el tender en el momento en que el tren saliera al aire libre a media marcha, puesto que, en el momento preciso, funcionaría el timbre de alarma.

El plan había sido trazado con exactitud cronométrica y así, en el interior de uno de los departamentos del ferrocarril, Big Ed, después de consultar su reloj, señaló el timbre de alarma.

Pero cuando él y Happy dieron por un momento la espalda al empleado, éste, quizá desoso de vengar a su compañero muerto, se puso en pie y apoderándose del termos que tenía sobre el asiento, golpeó a Happy en la cabeza, haciéndole caer al suelo y luego se dispuso a atacar a Big Ed. Mas no le acompañó la fortuna porque el pistolero, sin vacilar, disparó contra él y el pobre hombre se desplomó muerto junto al cadáver de su camarada.

Luego Big Ed tiró del timbre de alarma y en seguida pudo advertir como el tren reducía su marcha, en el momento en que salía del largo y oscuro túnel.

Cody Jarrett cayó de un salto sobre el carbón del tender y en seguida se acercó a la máquina para amenazar al conductor y a su ayudante, a los que gritó:

—¡Paradío aquí mismo! ¡Deje esos mandos! —ordenó al maquinista en el momento en que Zuckie, antiguo empleado de una compañía de ferrocarriles, se encaramaba al puesto de mando de la locomotora.

—¿Qué es eso? —preguntó inútilmente el fogonero — ¿Un asalto?

—No, no —replicó Cody con acento sarcástico — Es que lleváis siete minutos de retraso y vamos a cambiar de maquinista.

Zuckie puso en marcha nuevamente la locomotora para llevarla a la vía muerta, cuyo paso había abierto rompiendo la aguja a tiros de revólver. Y, orgulloso de demostrar ante su jefe los conocimientos que poseía, comentó:

—Es más moderna que la que ya llevaba en la otra compañía.

—¡Calla ya! —gruñó Cody.

En cuanto la máquina se detuvo a poca distancia del lugar en que había sido asaltada, los otros dos cómplices de Cody, que se hallaban allí dispuestos, cerca del automóvil, se acercaron al coche correo, y uno de ellos, llamado Cotton, rompió con el cañón de su revólver los vidrios de una de las ventanillas y gritó a los guardianes:

—¡Abrid y no os pasará nada!

Los otros respondieron a tiros, y tanto Cotton como su cómplice hicieron fuego con sus revólveres. Zuckie, que hasta entonces no había tomado parte en ningún asalto, comentó, impresionado:

—Eso va mal, Cody.

—¿Por qué no les das también mi dirección? —preguntó el jefe, colérico por la indiscreción del otro. Y volviéndose a los que luchaban con los defensores del coche correo, les gritó: —¡Daos prisa, muchachos! ¡Nada más que el dinero del Gobierno!

Por el hueco de la ventanilla Cotton arrojó un bulto del que salían unos cables conectados con una batería; agazapado entre las ruedas, hundió una varilla de metal y en el acto se produjo una formidable explosión en el interior del coche correo y la puerta blindada salió despedida por efecto de la poderosa carga de dinamita. Un segundo más tarde los asaltantes tenían en su poder dos sacos de lana, repletos de billetes, que transportaron hasta el automóvil.

Zuckie saltó al suelo y uno de los maquinistas dirigiéndose al jefe de la cuadrilla le dijo:

—No te servirá de nada todo eso, Cody.

—Cody, ¿eh? —repitió éste.— ¡Poned los coches en marcha! —ordenó a los suyos.— Tiene buena memoria para los nombres —observó apaciblemente mirando al maquinista.— Demasiado buena.

Su revólver osciló un momento y luego disparó dos veces. El

maquinista cayó al suelo oprimiéndose el vientre con las dos manos, y el fogonero, mudo de horror, miró a Cody con los ojos desorbitados. Luego el pistolero volvió a disparar y aquel hombre cayó hacia adelante sin un grito siquiera. Pero, al caer, su mano se apoyó en una de las palancas de mando y un charro de vapor hirviendo salió disparado de uno de los lados de la locomotora abrasando el rostro y las manos de Zuckie, que comenzó a aullar de dolor.

—¡Zuckie se ha quemado! —gritó Cotton.

Cody levantó nuevamente la palanca y luego saltó al suelo, sin dirigir siquiera una mirada a sus víctimas inocentes. Tampoco parecía impresionado por el accidente de Zuckie y ordenó secamente:

—Vámonos ahora mismo de aquí.

Seguramente hubiese dejado abandonado al abrasado Zuckie, pero sus compañeros lo recogieron para trasladarlo a uno de los coches y en breve los dos poderosos automóviles emprendieron la marcha a toda velocidad hacia una solitaria cabaña situada en un escondido rincón de la sierra, donde nadie podría ir a buscarlos.

Todo había ocurrido con tal rapidez y exactitud que cuando los pasajeros salieron de sus departamentos para indagar qué había ocurrido, los asaltantes ya se hallaban a gran distancia y nadie pudo identificarlos.

### LOS ATAQUES DE CODY

«Ha transcurido una semana desde que los bandidos asaltaron un tren correo, a la salida del túnel de Sierra Alta y robaron trescientos mil dólares en billetes, asesinando a cuatro empleados del ferrocarril. Las autoridades creen que los asaltantes huyeron a Arizona, donde hoy fué asaltado un banco y asesinados dos empleados con la misma sangre fría que caracterizó el robo del tren...»

Cesó de hablar el locutor de la radio y Cotton Valetti cerró malhumorado el conmutador del aparato de uno de los dos automóviles. Luego comentó:

—Suponen que estamos en Arizona.

—En cualquier sitio mejor que aquí —contestó Big Ed, subiéndose el cuello del gabán, mientras ambas se dirigían a la cabaña de caza en que se habían refugiado—. Tenemos que irnos cuanto antes.

—Cody cree que no es muy sano andar por ahí.

—Lo que no es sano es recibir órdenes de un loco. Ya es hora de que algún otro tome el mando.

—¿Quién, por ejemplo? —preguntó Cotton, que conocía la ambición de su compañera.



—Un buen amigo mío: yo.

—¿Dónde quieres que se envíe tu cadáver — inquirió Cotton cuando los dos entraban en la casa.

Allí, reunidos en la sala, estaban todos los miembros de la banda, incluso Zuckie, quien, cubierto de vendas, aparecía tendido sobre un sofá de cuero. La madre de Cody, mujer enérgica y de ojos negros e inquietos, preparaba la cena en un pequeño hornillo de petróleo, ya que, por precaución, se había prohibido encender ningún fuego, cuyo humo pudiera delatar su presencia en la montaña.

—¿Estás enfadado, Ed? — preguntó Cody, observando el enfurruñado semblante de su lugarteniente.

—Tenemos un saco lleno de «pastas» y continuamos aquí escondidos, como idiotas. ¿Cuándo nos vamos?

—Puede que mañana o puede que... en la primavera — respondió Cody burlonamente —. Ya lo pensaré. ¿Conformes? — preguntó mirando con fijeza a Big Ed. Este bajó la mirada, y su jefe, acercándose a la pequeña cocina, levantó la tapa de la olla de aluminio, aspiró el vapor que de ella salía y comentó: — ¡Qué bien huele, madre!

—Si tienes hambre, haz que alguien me ayude, hijo — suspiró Ma Jarrett intencionadamente.

Cody se apresuró a obedecer y pasó a la habitación vecina, donde, en una cama muy grande y cubierta por muchas mantas, dormía Verna, una muchacha tan linda como egoísta y frívola. Al oír la voz de Cody, ella despertó protestando, pero se levantó después de abrigarse con una gruesa bata.

—Ayuda a madre a hacer la comida — le ordenó.

—Mira, la bella durmiente — comentó Ma Jarrett irónicamente.

—¿Y qué otra cosa puede hacer una chica encerrada aquí? — gritó ella, revaliéndose irritada.

—Se pueden hacer muchas cosas, en vez de gastar tanto el colchón.

—Fuera de la cama me hiele — dijo Verna a Cody —. Hace



una semana que me muera de frío. ¡Ni siquiera podemos encender fuego! ¿Quién va a ver un hilillo de humo, si estamos a centenares de kilómetros de todas partes?

—Ayuda a madre a hacer la comida —repitió Cody, sin responder a sus protestas.

Zuckie dejó oír un largo gemido a través de las vendas que ocultaban su rostro y Cotton Valetti murmuró al oído de Cody:

—Está peor. Necesita un médico.

—Ya lo tendrá a su debido... tiempo—contestó Cody, distraído, pues seguía con la vista los movimientos de Verna.

Ella acababa de llenar una taza de café y, con afable sonrisa, la ofreció a Big Ed. Pero Cody se interpuso entre ambos y exclamó:

—Si quiere café, que se lo sirva él mismo. Mi novia no tiene que servir a nadie. ¿Sabes una cosa, Verna? —preguntó sonriendo— Si le volviere a Ed la espalda el tiempo suficiente para que me matiese una bala, ya estaría en ella... ¡Big Ed! ¡El gran Ed! ¿Sabes por qué lo llaman así? Porque tiene grandes ideas y algún día se le ocurrirá una grandiosa... referente a mí. Y esa será la última que tenga...

Se interrumpió de pronto y llevándose las manos a las sienes dió un verdadero aullido de dolor y luego cayó al suelo, retorciéndose como un epiléptico. El revólver que había estado examinando un momento antes se disparó y todas se apartaron, temiendo que el jefe fuera a hacer fuego contra ellos y así vieron como Cody se arrastraba hacia su dormitorio, seguido por su madre.

—Es la segunda vez en un mes —dijo Verna con un mohín de desprecio.

—Está loco. Igual que su padre —añadió Big Ed.

Ma Jarret cerró la puerta del dormitorio y luego se sentó al lado de su hijo, en la cama, y comenzó a acariciarle la cabeza en tanto que Cody gemía y sallazaba.

—Son las montañas, Cody —le dijo cariñosamente—. No te

sientan bien. Hace mucho frío y no se puede tomar el aire. Vámonos de aquí, hijo mío.

—Ya... ya se va pasando... —suspiró Cody.

—¿Dei todo?

—Sí —suspiró Cody, aun aturdido, sentándose en la cama.

—¿Estás seguro?

—Sí... Es como si me cortasen el cerebro con una sierra al rojo vivo...

—No saigas aún —le ordenó su madre cuando Cody se levantó para abandonar el dormitorio—. Pueden pensar muchas cosas...

—Siempre piensas en tu Cody, ¿eh? —preguntó éste, sonriendo.

—Claro. Tú lo eres todo para mí, hijo.

—Y yo no sé lo que haría sin ti, mamá —respondió Cody—. Ya estoy bien.

—Sal, pues. Que todos vean que ya estás bien.

Cody volvió a la sala y su presencia produjo un súbito silencio entre todos, que, sin duda, habían estado haciendo comentarios en voz baja acerca de su jefe. Este, dirigiéndose a Vera, exclamó:

—¡Vamos! ¿Qué estás haciendo? ¿No te dije que ayudases a madre a hacer la comida?

Se abrió la puerta para dar paso a Happy Taylor, que había estado de guardia en uno de los automóviles. Y aquel hombre, muy excitado, gritó:

—¡Cody! ¡Cody! Se acerca una tempestad y, según dicen, todas las carreteras quedarán interceptadas. La radio dice que comenzará esta noche y...

—Eso es lo que yo esperaba —dijo Cody—. Preparadlo todo. No hay peligro alguno. La tempestad los detendrá a todos. Limpiad bien esto; no debemos dejar ningún rastro.—Luego, de repente, se volvió contra Happy, al que tumbó de un puñetazo en la barbilla, mientras le decía:—Ya te dije que dejases en paz la radio. Si se acaba la batería, acabaré contigo, ¿comprendes?

Minutos más tarde estaban terminados todos los preparativos y cuando ya iban a salir, Zuckie, que no podía disimular su inquietud, llamó a Cody.

—¿Qué quieres? —preguntó el jefe de la banda.

—Me porte bien en lo del tren, ¿eh, Cody? Para ser mi primer trabajo...

—Sí, te portaste bien.

—No me dejarás aquí, ¿verdad? ¿Me llevarás contigo?

—No podemos arriesgarnos a que nos vieran contigo —replicó Cody friamente—. Te mandaremos un médico en seguida.

—¿Me vas a dejar morir aquí? —gritó el desdichado Zuckie—. ¡Cotton! ¡Cotton! ¡No me abandonéis! ¡Me moriré!

Nadie le hizo caso pero, cuando todos se hallaron en el ventoso pórtico, Ma Jarrett observó:

—Bueno, ¿y si lo encuentran, Cody? Ya sabes que Zuckie habla mucho.

—No hablará —le aseguró Cody. Luego llamó—. ¡Cotton!

El amigo de Zuckie se presentó inmediatamente y preguntó.

—¿Dijiste en serio, Cody, que le enviarías un médico?

—Sí, un especialista. Tú.—Le sacó el revólver del bolsillo y, entregándoselo, añadió—. Toma, tú que eres amigo suyo, entra y alivia sus sufrimientos.

Cotton obedeció, entrando nuevamente en la casa. Pero en vez de disparar contra su compañero hizo fuego hacia el techo y murmuró al oído de Zuckie:

—No digas nada. Soy yo, Cotton. Procuraré volver. Aquí tienes cigarrillos.

Luego salió precipitadamente y subió a su coche, haciendo un gesto tranquilizador a Cody, indicándole que había cumplido sus órdenes.

Un minuto más tarde los dos automóviles abandonaron aquel paraje y al llegar a un cruce de caminos tomaron distintas rutas, pero buscar un nuevo refugio donde esperar que la policía abandonara su vigilancia extraordinaria.

### LA COARTADA

Philip Evans, agente del F. B. I., adscrito al Departamento del Tesoro, había iniciado sus pesquisas para descubrir a los autores del asalto del tren. Pero durante una semana la fortuna pareció burlarse de él, ya que los bandidos se habían esfumado misteriosamente y, hasta el momento, no fué posible descubrir ninguno de los billetes robados.

Pero, de repente, comenzaron a ocurrir cosas. La policía local de Tahoe informó que unos cazadores habían encontrado el cadáver de un hombre helado a corta distancia de una cabana abandonada. El rostro y las manos de aquel hombre aparecían con graves quemaduras, producidas sin duda por un chorro de vapor.

El formidable aparato policiaco se puso en marcha. Las huellas dactilares fueron enviadas a Washington, pero allí no constaban en el archivo, ni la mascarilla del difunto pudo ser identificada. En cambio, el análisis del polvillo arcilloso que había en las vueltas de sus pantalones demostró ser el mismo del lugar en que fué asaltado el tren. Y en un paquete de cigarrillos que se encontró en los bolsillos del cadáver fueron descubiertas las huellas dactilares de Giovanni Cotton Valetti, conocido miembro de la cuadrilla de Cody Jarrett.



Eso significaba que el muerto, aunque nuevo en el crimen, había estado en la escena del asalto al ferrocarril y que formaba parte de la cuadrilla de Jarrett. Inmediatamente se dieron órdenes de buscar a éste y todos los agentes federales y de la policía del estado de California iniciaron sus pesquisas y su vigilancia.

Nadie pudo descubrir a Cody, pero uno de los hombres de Evans descubrió en el mercado a Ma Jarrett y, sabiendo que madre e hijo no se separaban nunca, se apresuró a telefonar a su jefe y decirle que había colocado una señal — una cinta de tela blanca — en el parachoques trasero del coche de aquella mujer.

Cuando Ma Jarrett, con una caja de fresas que había comprado para su hijo, salió del mercado y se instaló ante el volante de su automóvil no pudo ver que otra se hallaba a corta distancia, dispuesto a seguirla.

Gracias a tres coches provistos de radiotelefonos, Evans organizó metódicamente la persecución de Ma Jarrett, y ésta, que no abandonaba un momento su vigilancia, no tardó en advertir que era seguida. Cambió varias veces de calle y se tranquilizó al perder de vista al perseguidor, ignorando que los tres coches de la policía seguían un camino paralelo, para sumarse en la persecución sin despertar sospechas.

Ma Jarrett dió varias vueltas, para estar más segura, y luego, aprovechando que el camino quedó interceptado a su espalda por un coche con remolque, apretó el acelerador y se libró definitivamente de los coches de la policía.

Evans, desesperado, buscó en todas direcciones, pero habían perdido el contacto y ordenó a los otros dos automóviles que volvieran a la ciudad, aunque él, acompañado por su ayudante, el agente Trent, siguió vagabundeando por aquel sector de las afueras, con la vana esperanza de descubrir el vehículo de Ma Jarrett.

Ésta, por su parte, llegó poco después al campamento para automovilistas donde se alojaban y comunicó sus temores a Cody,



quien, conociendo por experiencia el valor de la intuición de su madre, se apresuró a hacer los preparativos de marcha.

En aquel preciso momento Evans llegaba al campamento y cuando se disponía a dar la vuelta descubrió el coche de Ma Jarrett. Ordenó a Trent que llamara a los otros coches y, revólver en mano, se apostó junto al vehículo. Vió como se abría una puerta y Cody se instalaba ante el volante, mientras ordenaba a las dos mujeres:

—Traed las maletas. Nos vamos en seguida...

—Tú no vas a ninguna parte, Jarrett — dijo Evans —. Arriba las manos... donde yo pueda verlas.

Cody obedeció, pero, al levantar las manos, tomó el revólver de la bolsa que había en el techo del automóvil, sobre el parabrisas. Luego, agachándose, disparó, hiriendo a Evans, que cayó al suelo, luchando por no perder el sentido.

Confusamente vió cómo las dos mujeres subían al coche, que arrancó a toda velocidad, perdiéndose en las sombras de la noche. Y cuando Trent llegó a su lado para auxiliarle ya era tarde para seguir la pista de los fugitivos.

Cody condujo rápidamente oyendo en la lejanía las sirenas de los coches de la policía y, antes de ser descubiertos, penetró en un cine al aire libre, para automovilistas, muy frecuentes en los alrededores de las templadas ciudades californianas. Una empleada colocó sobre el cuadro de mandos el amplificador de sonido. Pero en cuanto la joven se hubo alejado, Cody cerró el interruptor y volviéndose a su madre y a Verna les dijo:

—Voy a entregarme.

—Pero, ¿qué estás diciendo? — exclamó su madre, alarmada —. No te perdonarán. Cuatro muertos... Eso significa la cámara de gas.

—No voy a ser tan tonta como para entregarme a la policía federal, madre. ¿Os acordáis de uno que se llamaba Scratch Morton?

—Sí, uno de Illinois, con quien estuviste hablando una noche — replicó Verna —. Desvalijó un hotel en Springfield.

—Eso es, la misma noche que hicimos lo del túnel, ¿comprendéis?

—Habla claro, hijo.

—Fui yo quien desvalijó el hotel y no Scratch Morton. Iré a Illinois a entregarme; me condenarán a dos años como máximo.

—Y cuando salgas seguirán esperándote por lo del tren—dijo Verna, sin dejarse convencer por la estratagema.

—¿Lo del tren? —repitió Cody—. Mientras esos bandidos asesinaban a unos pobres inocentes —añadió con clínico acento—, yo estaba robando un hotel en Springfield. No podía estar en dos sitios a la vez, ¿verdad? Esa coartada la preparé bastante antes de dar el golpe del túnel —confesó, con orgullo.

—Eres el muchacho más listo del mundo, Cody —exclamó su madre.

—Sí, es listo, pero ¿y yo? —preguntó Verna—. ¿Qué haré yo durante esos dos años?

—Lo que hacías antes de quedarte con él —contestó Ma Jarrett con venenosa intención.

—No, eso no —protestó Cody—. Yo volveré, nena.

Les dió sus últimas instrucciones y salió del coche y una hora más tarde tomó el avión para Illinois, a fin de utilizar una coartada perfecta y convincente que lo alejaba de toda relación con el asalto al tren que tanto había conmovido la opinión pública de todo el país.

### POLICIA ENCARCELADO

Ma Jarrett sabía desempeñar perfectamente su papel ante los interrogatorios de la policía y se limitó a afirmar, una y mil veces, que nada sabía de Cody y que llevaba varios meses sin verle. Verna, por su parte, se limitó a sollozar durante toda la visita, como si se sintiera muy alarmada por las acusaciones que los agentes federales hacían contra Cody. Y como Evans no tenía ningún testigo de su encuentro con el bandido, su testimonio no tenía fuerza legal.

Así, pues, muy a su pesar, hubo de despedir a las dos mujeres sin haber conseguido ninguna información y mucho menos una confesión. Tristemente, leyó por milésima vez la cabecera del diario en el que se anunciaba que Cody Jarrett se había entregado a la policía del estado de Illinois, confesándose culpable de haber robado el Palace Hotel de Springfield.

Sus melancólicos pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada de uno de sus agentes, Hank Fallon, que venía a despedirse de él para iniciar unas vacaciones muy bien ganadas. Pero cuando el otro le describía sus planes para aquella temporada de descanso, Evans lo interrumpió diciéndole:

—Lo siento, pero habrás de aplazar tus vacaciones. Quiero que vuelvas a presidio y te ganes la confianza de Cody Jarrett.

—Mirame, Phil — exclamó Hank, desesperado —. Un hombre educado, personalidad agradable, y me paso la vida en la cárcel. ¡Especialista en confidencias! ¡Ocho condenas en cinco años para encarcelar a los bandidos... y estoy encarcelado siempre, años! Dannemore, Sing Sing, Leavenworth... Yo me hice policía.

—Ya sabes lo que ha hecho Jarrett. Han aceptado su confesión.

—Pero, ¿quién manda en Springfield? Todo el mundo sabe que fué Scratch Morton quien hizo lo del hotel. No permitirás que Jarrett se libere de todo eso con un par de años.

—Quizá sí — dijo Evans sonriendo.

—¡Quizá! Un criminal se entrega acusándose falsamente y así escapa a la cámara de gas. Apuesto a que, en este momento, se está riendo de todos vosotros. ¡Jarrett es más listo que el F. B. I.!

—Eso es lo que le dejamos creer. Trabajamos de acuerdo con la policía de Springfield y le dijimos que aceptara la confesión de Cody Jarrett. Y, ¿qué ocurre ahora? Que Jarrett se encontrará muy solo y si quiere hablar con alguien procurémosle que haya uno de los nuestros por allí cerca. Incluso en el mismo calabozo. ¿Aún piensas en tus vacaciones, Hank?

—Sí. ¿En qué cárcel?

—Te gustará la comida. Tienen un gran cocinero. Yo misma lo detuve.

—Buena, ¿qué debo hacer? — suspiró Hank, renunciando a sus vacaciones.

—Te mandaremos al presidio de Illinois. Serás compañero de celda de Cody Jarrett. Gánate su confianza para que te diga dónde metió trescientos mil dólares en billetes, sin que nadie haya visto ni uno. Y procura averiguar también el nombre del que lo preparó todo.

—¿El comprador del dinero?



—Eso es. Compra aquí el dinero robado, a treinta o cuarento centavos por dólar y luego lo vende en el mercado negro europeo, a ¿quién sabe a cuánto? Desde luego, es un gran negocio.

—Propio de estos tiempos.

—Eso es tu tarea —añadió Evans—. No te pediría que volviéses a hacer un trabajo así, Hank, si no fuese tan importante. Buena, vamos a trabajar. Trent traerá las fotos de todos los penados de Illinois, por si hay allí alguna que deba ser trasladada para que no te reconozca.

Pasaron el resto de la tarde examinando las fotografías y preparando, al mismo tiempo, la historia criminal de Hank Fallon, que adaptó para aquel trabajo el nombre de Victor Pardo. Algunos presos, que conocían a Hank, fueron señalados para su traslado a otra penal y casi al final llegó la ficha de un tal Bo Greel, detenido dos años atrás por el mismo Hank Fallon.

—No te preocupes por él —dijo Evans—. Ahora trabaja en la enfermería, pero termina su condena el sábado y saldrá antes de tu ingreso.

—Esta vez la tarea es más difícil, Hank —comenzó Evans cuando hubo terminado la revisión del archivo del penal—. Hay una rama de locura en los Jarrett. Cody no se ha librado de ella. Su padre murió en un manicomio.

—He tenido compañeros de calabozo muy especiales —suspiró Hank—, pero, por lo visto, éste va a ser el peor.

—De niño fingía dolores de cabeza para que su padre se ocupase preferentemente de él —añadió Evans—. Al ir creciendo, esos dolores se hicieron reales y actualmente lo destrozan. Cualquier día acabará enloqueciendo por completo. Eso es lo más difícil, porque trabajas contra el tiempo.

—Me alegro. Cuanto antes termine, mejor.

—Pero Cody no confía en nadie, aparte de en su madre. Nadie ha sabido nada de él, ni siquiera esa Verna que le acompaña. Su madre le ha sostenido y ayudado en todo. Si se encontraba en un aprieto, allí estaba ella a su lado. Sin ella, es posible que Cody ya hubiese acabado como su padre.



—¿Y ya habré de hacer de mamá? —preguntó Hank irónicamente.

—Es posible que necesite a alguien.

—Bien, aprenderé a cantar la «nana» —dijo el agente riéndose.



Cuando Cady Jarrett salía de la sala del Juzgado con una condena de dos aos de presidio por el atraco al hotel de Springfield, casi chocó con Hank Fallon que iba a presentarse ante el juez para ser condenado.

Volvió a encontrarlo en la puerta del penal y no fué nada extraño que los dos fueran destinados a la misma celda. Era una celda para cuatro hombres y allí Cady encontró a dos viejos compañeros: Tommy Ryley, que llevaba ya algunos años en el penal, y otro hombre, ya viejo, conocido por El Lector. Este era sordo y, antes de poder adquirir un amplificador eléctrico, aprendió a «leer» las palabras en el movimiento de los labios de su interlocutor, aunque se hallase a cierta distancia. Este era un conocimiento muy útil en la cárcel donde la conversación estaba prohibida fuera de las horas de asueto en el patio.

Hank, que había tomado el nombre de Vic Pardo, se vió inmediatamente aislado entre sus tres compañeros que lo miraban con desconfianza, y él, por su parte, procuró mostrarse reservado, servicial y discreto, aunque no hizo grandes progresos.

Dos días más tarde fueron llamados al hospital de la prisión para ser vacunados y formando una larga fila se dirigieron hacia el enfermero que desinfectaba los brazos que los presos habían dejado al descubierto.

Entonces, Hank Fallon tuvo un sobresalto al fijarse en el rostro del preso de confianza que hacía las veces de ayudante del

doctor. Era Bo Creel que, según oyó decir a uno de sus compañeros, enfermó poco antes de ser puesto en libertad y, ahora trabajaba por última vez en el hospital antes de salir a la calle.

Si aquel hambre le veía, le reconocería en el acto y eso echaría por tierra todos sus planes. Así, pues, actuó rápidamente. Se detuvo un momento, como si temiera la vacuna y el preso que iba detrás le dió un empujón. Entonces Hank se volvió como una fiera y le golpeó salvajamente en la mandíbula. Intervino uno de los guardianes y Hank le atacó con todas sus fuerzas.

Un momento más tarde reinaba la mayor confusión en la sala y Hank fue arrastrado fuera de ella por dos corpulentos guardianes, que lo llevaron a uno de los calabozos de castigo, donde pasó un mes completo, en rigurosa incomunicación. No era muy divertido; porque era tratado con toda severidad, ya que nadie en el penal, a excepción del alcaide, sabía que el llamado Vic Pardo era un agente federal. Pero valía la pena sufrir tal castigo a cambio de haber evitado el fracaso de todos sus planes.

Por fin llegó el momento de reunirse con su socompañeros, que le recibieron con cierta afabilidad, quizá favorablemente impresionados por su habilidad con los puños. Y sobre una mesa vió el retrato de una muchacha, a la que no dió ninguna importancia hasta observar las risas maliciosas de los otros tres.

Entonces observó un sobre grande sobre su cama y comprendió que aquella mujer representaría el papel de su mujer en los días de visita, para servir de enlace entre él y Evans. Por fortuna, reaccionó a tiempo, fingiendo reconocerla con dificultad por haberse teñido el cabello.

Y así continuó la rutinaria vida de la prisión, con los lentos y cautelosos avances de Hank en la confianza de sus compañeros de celda. Veía cómo El Lector escuchaba desde lejos las conversaciones de otros penados y así supo que los secuaces de Cody seguían «trabajando» bajo la dirección de Big Ed y que el último golpe les había proporcionado setenta y cinco mil dólares de beneficio.

## EL ATENTADO

—Enteraos todos bien de una cosa — dijo Ma Jarrett apoyando su mano derecha sobre un gran fajo de billetes de banco — ; en todo lo que hagamos, Cody lleva su parte completa, como siempre. ¿Hay alguien que se oponga? — preguntó secamente mirando a los miembros de la banda que se sentaban alrededor de la mesa — . Si se opone, es preferible que lo diga. ¿O preferís esperar a que salga Cody? Bueno, todos conformes. ¿Het? ¿Cotton? ¿Happy? ¿Big Ed? — Este meneó la cabeza negativamente y Ma Jarrett se asombró — ¿Cómo es eso, Big? Yo creí que tú protestarías.

—Lo que está bien, está bien — rezongó el pistolero — . ¡Vámonos a olvidar a Cody después de todo lo que ha hecho por nosotros.

—Cody os lo agradecerá de veras — dijo Ma Jarrett, repartiendo entre los cuatro hombres los fajos de billetes que les correspondían — ¿Adónde vas, Verna? — preguntó a la muchacha, al ver que ésta abandonaba la habitación.

—Voy a coger frescas — se burló ella descaradamente.

—Bueno, ahora marchaos, que ya es tarde — dijo Ma Jarrett — . Tú, Hey, dile a Verna que vuelva en seguida.

Big Ed encontró a la joven sentada en la veranda de la casita que ocupaban y cogiéndola por un brazo le preguntó:

—¿Qué te pasa, nena?

—De sobras lo sabes — estalló ella —. No tienes más que muchas palabras... «Tú y yo nos iremos juntos, nena.» — añadió remedando sus palabras —. «Ten confianza en Big Ed.» ¡Yo estoy harto de esperar que hagas algo! Cody te asusta tanto como a las demás. ¡Sigue siendo el amo, aquí o en la cárcel!

—¿Quién te ha dicho eso? — preguntó él.

—Tú mismo. Tú lo has dicho: «Lo que está bien, está bien, ¿no es eso? Eso dijiste cuando se discutía el reporte.

—Oye, cuando uno sabe que sus amigos trabajan para él, pueden despreocuparse un poco, ¿no te parece?

—¿Qué quieres decir? — preguntó Verna, dándose cuenta de que Big Ed le ocultaba algo.

—Vivo, Cody saldrá dentro de un año o de dos — dijo él hablando lentamente —. Muerto saldrá mucho antes.

—¿Muerto?

—Ahora mismo, encerrado en presidio, está siempre junto a un individuo que hará lo que yo le diga — añadió, orgulloso de su plan.

—¿Cuándo, Ed? — preguntó Verna, impaciente.

—Cuando yo lo diga — resrió Big Ed antes de estrecharla en sus brazos y besarla apasionadamente.

Sin advertir que desde una ventana de la casa era vigilado implacablemente por los ardientes ojos de Ma Jarrett.



Y pocos días más tarde Big Ed «la dijo» porque un recluso llamado Parker se dispuso a actuar en el momento oportuno. Se hallaban en el taller mecánico de la prisión y Cody tenía la poca distinguida misión de recoger con una carretilla los limaduras de metal que dejaban los tornos y fresadores.



Por lo alto pasaba un cable que servía para hacer correr una grúa magnética que llevaba las piezas terminadas de un extremo a otro del taller. Y el llamado Parker tenía la misión de cuidar del cuadro de mandos que controlaba los movimientos de la grúa que en aquel momento se disponía a transportar un pesado motor eléctrico hasta la nave vecina.

Parker era hombre metódico en sus cosas y así, antes de poner en práctica su plan, empujó los cubos que habría de manejar Cody hasta dejarlos exactamente debajo del cable transportador. Luego volvió a su puesto de control y puso en marcha la grúa con su motor de media tonelada.

Cody, sin esforzarse demasiado, llenaba lentamente los cubos metálicos, sin prestar la menor atención al zumbido del motor que se acercaba a él por estar ya acostumbrado a los ruidos del taller.

La grúa se acercaba implacable y Parker, con una mano en la palanca que hacía abrir sus tenazas, sentíase cubierto de sudor frío, esperando que el motor se hallara exactamente sobre la cabeza de Cody Jarrett.

Y éste habría sido víctima del «accidente» tan cuidadosamente planeado si Hank Fallon, que, como siempre, vigilaba a Cody, no hubiera advertido la rara expresión del rostro de Parker que parecía hipnotizado y con la vista fija en el famoso bandido.

Todo ocurrió en una fracción de segundo. Parker bajó la palanca y el motor cayó pesadamente; Hank dió un salto que le hubiera envidiado un jugador de rugby y su cuerpo chocó contra el de Cody, enviándolo a alguna distancia; el motor se hundió en el suelo de cemento, a pocas pulgadas de los dos hombres y en el acto se inició una gran confusión de gritos, pues todos tenían la impresión de que el accidente habría costado la vida a algún hombre.

—¡Todos al trabajo! — gritaron los guardianes —. ¡Vamos! ¡Silencio!

—¿Estás herido, Jarrett? — preguntó uno de ellos ayudando a levantarse al bandido, que tenía una confusión en la frente.



—No es nada — replicó Cody —. Esto se estaba poniendo muy aburrido.

—Se... se me escurrió... la palanca... — balbuceó Parker, livido de terror.

—Ya se lo dirás luego al alcalde — contestó el guardián.

—Por suerte lo vi a tiempo — comentó Hank acercándose a Cody.

—¿Qué quieres, una medalla? — preguntó el otro burlándose.

—Ahora estarías tan aplastado como ese barril.

—Tú también te expulsiste — dijo Cody. Y, suspicaz como siempre, preguntó —: ¿Por qué te preocupas de lo que pueda pasarle a Cody Jarrett, si no pretendes nada de él?

—Buena, quédate con tu medalla — contestó Hank sonriendo.

—Lo siento, Cody... lo siento mucho — balbuceó Parker, que apenas podía hablar.

—No te preocupes, Parker. Eso puede ocurrirle a cualquiera — dijo Cody, que no sospechaba que detrás de todo aquello había la mano traicionera de Big Ed.

### VISITA CONFIDENCIAL

Hubiera quizá continuado el diálogo, pero Cody oyó por el altavoz que lo llamaban al locutorio para recibir una visita. Dejó inmediatamente el trabajo y al llegar a la valla de alambre que separaba a los presos de sus visitantes, tuvo la alegría de ver a su madre.

—¡Hola, mamá!

—Estás herido, Cody — exclamó ella, alarmada.

—No es nada; un accidente.

—¿Estás seguro? — preguntó Ma Jarrett, sintiendo un desagradable presentimiento.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Por qué estás tan nerviosa? ¿Ocurrió algo?

—Mucho — murmuró ella.

—¿Qué?

—Por eso he venido a decírtelo yo personalmente. Se trata de Bid Ed y Verna. Se han ido juntos. Es culpa mía, Cody. He fracasado. Dije que yo cuidaría de todo y no he podido evitar eso. Lo preveía, pero nunca creí que se atrevieron...

Cody aguantó valerosamente aquella noticia que hería su or-

gullo como hombre y como cabecilla. Guardó silencio unos segundos, mordiéndose los labios, hasta que pudo decir:

—No te preocupes, madre, es igual. Yo sabía que Big Ed intentaría algo.

—¿No te importa? —preguntó ella, asombrada por su aparente imposibilidad.

—Sí que me importa. Lo que es mío, es mío. Pero no voy a preocuparme ahora. Ya lo arreglaré cuando salga.

—Así me gusta, Cody. Yo te ayudaré, como siempre. Pronto saldrás y llegarás a la cumbre del mundo —exclamó su madre, repitiendo su frase favorita— Tu destino es llegar a la cumbre del mundo.

—Estando tú a mi lado, nada me falta.

—Eso es, hijo. Pero debes tener cuidado con Big Ed...

—Conozco a Big Ed... Bastante preocupado estará ahora mismo.

—Tal vez no —dijo Ma Jarrett.

—¿Por qué no? El sabe que iré a buscarlo.

—De eso quería hablarte, Cody. El sabe que su vida no vale un centavo en cuanto tú salgas de aquí. Cuando un tipo como él se atreve a usurpar tu puesto, debe de estar muy seguro de sus fuerzas. Ha actuado de repente, como si estuviera convencido de que tú no saldrás de aquí sino encerrado entre cuatro tablas.

—¡Hum! Ya te entiendo —gruñó Cody, reflexionando.

—Me dijiste que fué un accidente —dijo Ma Jarrett señalando los rasguños de la frente de su hijo.

—Eso creí... al principio.

—¿Cómo fué?

—Un amigo de Big Ed dejó caer algo desde el techo.

—¡Ya lo ves, Cody! —exclamó su madre—. Tenía razón yo. El contaba con tu muerte.

—Tranquilízate, madre. Aun estoy vivo, ¿no?

—Si lo intentó una vez, repetirá la prueba.

—A pesar de todo, saldré de aquí por mis pies. Y le ajustaré las cuentas a Big Ed.

—¿Le vas a dejar vivir tanto tiempo? —preguntó su madre—. No, Cody, yo me ocuparé de él.

—No, no, madre. Tú no podrías hacer nada.

—Si yo no puedo ajustarle las cuentas a «ese» —dijo Ma Jarrett desdeñosamente—, es que estoy perdiendo facultades. No consentiré que nadie te trate como él lo ha hecho y continúe viviendo tranquilamente.

—¡No, no, madre! —suplicó Cody poniéndose en pie, muy asustado, pues conocía la crueldad de Big Ed—. Escúchame. Tú no podrías hacer nada.

—Voy a ir en su busca, Cody. Así aprenderá a no molestarte nunca más.

—¡Te digo que no, madre! ¡No lo hagas!

—Adiós, Cody —exclamó su madre alejándose para interrumpir aquella escena.

—¡Madre! ¡Madre! —gritó Cody agarrándose frenético a la reja metálica que lo separaba del locutorio.

Ella no le hizo caso y desapareció de su vista, mientras el guardián le obligaba a apartarse de la verja y le acompañaba hasta el taller para reanudar su trabajo.

Asustado hasta lo indecible por el peligro que iba a correr su madre, Cody avanzó como un autómatas hasta donde se hallaba Parker y le susurró:

—¿Qué te pasa, mi querido amigo? ¿Por qué tiemblas? No te voy a hacer nada... por ahora. Pero pasarás las noches en vela... sudando de miedo. Y cuando me parezca, y sólo entonces, te daré tu merecido.

Luego siguió su trabajo mientras en su cerebro resonaban lúgubramente las palabras de su madre, anunciándole su intención de ajustar las cuentas a Big Ed. El accidente sufrido y las emociones de la entrevista con su madre comenzaron a torturar la mente de Cody, que pronto se vio dominado por uno de sus



horribles dolores de cabeza, un dolor insoportable que le hizo caer al suelo dando un largo quejido como de bestia herida.

Hank Fallon corrió a su lado y lo arrastró hasta esconderlo detrás del banco en que estaba trabajando. Y, ansiosamente, le preguntó:

—¿Qué te pasa, Cody?

—Mi cabeza, mi cabeza... —gimió él, retorciéndose como un epiléptico—. Parece... que va a estallar... ¡Médicos, no...! ¡Médicos, no!

Hank, instintivamente, comenzó a acariciarle el cogote, para restablecer la circulación de la sangre y al mismo tiempo procuró animarlo con sus palabras:

—No te dejes amilanar, Cody. Tú vales más que todos, ¿no? Desde chica, he leído muchas cosas acerca de ti. Y siempre deseé poder trabajar contigo... No dejes que un rebaño de infelices te vean quejándose. ¡Animo! ¿Te encuentras mejor?

El bandido suspiró profundamente y luego, ayudado por Hank, se puso en pie, sintiendo que desaparecía el ataque que acababa de sufrir. Al fin miró a Hank y sin pronunciar palabra le estrechó fuertemente la mano, sellando así su amistad.

Aquella misma noche, cuando Ryley y El Lector dormían, Hank vió a Cody sentado en el borde de su litera y le preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, pero no puedo dormir.

—¿Por qué?

—Mi madre... se va a meter en un lío tremendo.

—¿Puedo ya hacer algo?

—No, no... Bueno, quizá sí. Oye —añadió acercándose a la litera superior ocupada por Hank—, al principio yo pensé en cumplir tranquilamente mi condena. Una especie de vacaciones. Descanso, para luego trabajar de nuevo. Pero hay veces que uno planea bien las cosas y no salen como se han proyectado. Y hay que rectificar... en seguida. ¿Comprendes?

—Sí.

—Mira, tengo que arreglar unas cosas ahí fuera —añadió Cody señalando la enrejada ventana.

—¿Una fuga?

—Sí. ¿Quieres venir?

—Puede que sí —contestó Hank fingiendo cierta vacilación, aunque aquel proyecto simplificaba extraordinariamente su trabajo — ¿Se lo dijiste a alguien más?

—Creo que puedo contar con Tommy Ryley. Trabaja en el consultorio médico.

—¿Para qué quieres a Ryley?

—Tiene escondida una pistola.

—No necesitas pistola.

—No nos abrirán la puerta a las buenas.

—¿Crees que eres tú el único que quiere salir de aquí? —preguntó Hank — ¿Es que crees que sueño por las noches? Yo tengo un plan para estar a un kilómetro de aquí antes de que nadie se dé cuenta.

—Sin artillería, no podrá ser —comentó Cody.

—¿No? Pues oye, yo entiendo bastante de electricidad, como ya debes de saber. Y puedo arreglar a mi gusto los generadores, ¿sabes lo que son?

—Tengo una idea.

—Los generadores —explicó Hank — lo hacen funcionar todo. Los faros, las ametralladoras de la torre, la puerta principal... ¿Para qué queremos artillería? —Hizo una pausa y advirtió —: Pero tenemos que hacerlo solos.

—Necesitaremos un coche...

—Mi mujer vendrá a verme mañana... Lo arreglaremos todo.

—Está bien, chico —accedió Cody, entusiasmado por la idea — De acuerdo. Y si sale bien, te recompensaré.

—Me darás una medalla, ¿eh?

—¡De oro macizo! —le aseguró Cody sonriendo.



— Que los demás no te vean sufrir, Cody — dijo Ma Jarrett—. ¡Ánimo! Tú llegarás a la cumbre del mundo.



— Podrías comprarme un abrigo de visón con ese dinero — dijo Verna.

— Tú estás bonita con cualquier cosa, nena — respondió Cody.



— Te he ordenado que ayudes a madre — dijo Cody.

— Me muero de frío en esta cabaña — contestó Verna.



— ¿Te encuentras mejor, Cody? — preguntó Hank.

— Que no me vea ningún médico — gimió el herido.





— Me porté bien en lo del tren, ¿verdad, Cody? ¡Llévame contigo! ¡No me dejes morir! — gritaba Zúckle.



— ¡Se acabó el reconocimiento! — giró Cody empujando el revólver — ¡Levantad las manos todos!



— ¿Por qué no te quedas con todo ese dinero, Cody? — preguntó Verna.

— Hay que repartirlo como hemos convenido — respondió él.



— ¡Tú, escóndete aquí, Parker — le ordenó Cody.

— ¡Pero si no quiero escáparme! — protestó el otro.



—No te metas en mis asuntos, Vic — dijo Cody dirigiéndose a Hank Fallon.

—Yo solo quería ayudarte — replicó éste.



—No tengas miedo, nena — dijo Cody cuando Verna se apartó asustada —. No voy a pegarte.



—Yo ajustaré las cuentas,  
a Big Ed y a Verna—le  
aseguró su madre.

—¡No lo hagas!—suplicó  
su hijo— ¡Big Ed te  
matará!



—¿Adónde ibas? ¿Deser-  
tabas?—preguntó Cody.

—Quería ver a mi mujer  
—mintió Hank.





— Este hombre miente, Cody! — exclamó Hank.

— No temas, Vic. Es el Comerciante. Es de toda confianza.



— Un policía — exclamó Cody — ¡Y yo iba a darle la mitad de mis beneficios!

— No te saldrás con la tuya, Cody — contestó Hank.



—Viajaremos por Europa—dijo Verna— Llevaré los dedos llenos de anillos

—Sí, nos hemos ganado unas vacaciones.



—¿Rendirme, yo?—gritó Cody, enloquecido— ¿Hrs oído eso, madre? ¡Estoy ya en la cumbre del mundo!



A la mañana siguiente, Hank Fallon recibió la visita de su «esposa», una atractiva muchacha de las oficinas del F. B. I., que tenía grandes condiciones de actriz. Hank esperaba con gran interés aquella entrevista, pues necesitaba transmitir un largo mensaje a Evans y le fastidió observar que, cerca de él, se hallaba El Lector hablando con su abogado. Y conociendo la habilidad que aquel hombre tenía para leer en el movimiento de los labios de otras personas, decidió tomar toda clase de precauciones para no ser descubierto.

—¡Hola, Margaret! — exclamó alegremente.

—Te encuentras muy bien, Vic — respondió ella sentándose al otro lado de la rejilla metálica.

—Nos vigilan — dijo Hank apoyando la barbilla en la mano y ocultando así sus labios. Con el rabillo del ojo vió que El Lector apenas prestaba atención a su abogado y se esforzaba en averiguar de qué hablaban —. Digo lo que le parezca — añadió en voz baja —, de un modo natural y, sobre todo, escúchemos bien.

—¿Divorciarnos? — preguntó ella, dolorosamente sorprendida —. ¡No puedes decirlo en serio, Vic! ¿Qué te he hecho yo?

—Así está bien — murmuró Hank, complacido por la habilidad de la muchacha —. Jarrett se va a fugar y ya voy con él.

—Comprendo lo que sientes, Vic — prosiguió ella, como si estuviera a punto de echarse a llorar —, pero no me pidas eso porque destrozarías mi vida.

—Quizá fuese mejor para ti — dijo Hank para que El Lector pudiera verla.

—Se trata de mi vida, deja que disponga yo de ella.

—Los dos solos — siguió Hank —. Digale a Evans que saldremos el jueves por la noche. Añada que nos prepare un coche para la fuga, equipado con un oscilador. ¿Se acordará? Con un oscilador.

—Me acordaré, cariño — dijo ella dulcemente.

—Así, pues, ¿todo aclarado?

—Perfectamente — exclamó ella, sonriendo feliz —. No lo lamentarás, Vic. Cuando salgas, seremos muy felices. ¡Yo me cuidaré de todo!

—Oígame, ¿dónde aprendió a actuar tan bien? — preguntó Hank sonriendo.

—¿Dónde le parece? — replicó ella, sonriendo amorosamente al despedirse de él.

El Lector, que los había estado vigilando, hizo un gesto de fastidio, pues no había podido descubrir nada sospechoso e interrumpió a su abogado para decirle:

—Mira, Jerry, tú no eres capaz de sacarme de aquí ni aunque me indulten.

Y se marchó, dejándolo plantado con la palabra en la boca.



## FUGA

— Esta noche — murmuró Hank cuando todos los presos se hubieron colocado ante las largas mesas del comedor de la prisión.

Cody inclinó afirmativamente la cabeza y luego, cuando sonó el silbato de uno de los guardianes, tomó asiento y comenzó a comer en silencio hasta que su mirada descubrió un rostro conocido en el otro extremo de la mesa. Inclinandose hacia su compañero de mesa, murmuró:

— ¿No es Lefeld aquel de allá?

— Viene de la costa — respondió su vecino —. Ingresó hoy.

— Pregúntale cómo está mi madre.

La pregunta corrió de uno a otro hasta llegar al interesado, que vaciló un momento antes de responder:

— Ha muerto.

— Ha muerto.

— Ha muerto.

— Ha muerto.

El que se sentaba junto a Cody también dudó unas segundos antes de comunicarle aquella noticia, mas, al fin, hubo de transmitirla.

—Ha muerto — dijo.

Cody dió un salto y estrelló contra la mesa el plato de aluminio que tenía en la mano. Luego se puso en pie sobre la mesa y aulló, enloquecido:

—¿Ha muerto? ¡Ha muerto!

Corrió por encima de la mesa, pisoteando los platos de los otros presos y, mientras tanto, con los ojos fuera de las órbitas, gritaba de un modo que daba miedo:

—¡Quiero salir de aquí! ¡Quiero salir! ¡Dejadme salir! ¡Dejadme salir!

Varios guardianes acudieron a su encuentro, pero Cody, con las fuerzas de la desesperación, los derribó a puñetazos y siguió en vacilante camino, en busca de una libertad imposible. Al fin acudieron refuerzos y, entre todos, pudieron dominar al furioso Cody, que chillaba y se debatía pidiendo que le permitieran salir para ver a su madre. Media hora más tarde, y sujeto por una camisa de fuerza, fue dejado en una habitación enrejada de la enfermería.

Al anochecer, Ryley, el preso que trabajaba allí, entró en la celda llevando una bandeja con una taza de caldo y una cuchara. El guardián le franqueó la puerta, aunque vigilando a través de la mirilla. El enfermero tomó asiento junto a la cama y se dispuso a dar alimento a Cody, que aun parecía hallarse bajo los efectos de su ataque.

—Hola, Cody, te traigo la comida. Sopa caliente, especial para ti.

—Me alegro de verte, Vic — tartamudeó Cody.

—Soy yo, Tommy Ryley. Ten, come un poco de eso — añadió acercándole la cuchara a los labios.

—La próxima vez tráete el revólver — ordenó Cody en voz muy baja.

—¿Eh? — preguntó Ryley, sorprendido.

—Sí, me gusta como haces las cosas, Vic — dijo Cody en voz alta, como si desvaríara. Y volvió a susurrar — Trae el revólver.

—¿Por qué no quieres probar esta sopa tan buena? — pro-

guntó Ryley, por si lo escuchaba el guardián de la puerta. Entonces bajó la voz y dijo —: Lo traeré si me llevas contigo, Cody.

—¡No quiero esa bazofia! —gritó Cody—. Dásela al alcaide—. Y accedió: —Conforme.

Ryley se puso en pie y el guardián le abrió la puerta. Al pasar por el despacho inmediato saludó al médico de la enfermería y pudo oír como éste decía por teléfono:

—El doctor Simpson al habla. Sí, señor alcaide, ya terminé mi informe acerca de Jarrett, Lacura homicida. Probablemente tendrá algunos periodos de normalidad, pero... Sí, señor, el psiquiatra vendrá esta noche. Lo enviarán al manicomio... Claro... Sí, creo que debe usted tener preparado la documentación... Gracias.



Aquella misma noche Evans y un grupo de sus agentes se hallaban a corta distancia del penal, dispuestas a seguir con sus coches el automóvil situado junto a la puerta que debía servir para la preparada fuga de Cody Jarrett y Hank Fallon. Aquel vehículo estaba provisto de un oscilador que emitía unas señales fácilmente captables desde los receptores de los otros coches.

El plan era muy sencilla y eficiente. En cuanto los dos hombres hubieran salido del penal, Evans y los suyos los habrían seguido hasta localizar su escondrijo y, posiblemente, al que comprobaba los dólares robados por la banda.

Pero, a las nueve, Evans fué llamada telefónicamente por el alcaide de la prisión, quien le comunicó que Cody había sufrido un ataque de locura e iba a ser internado en un manicomio. Eso

malograba todo el proyecto y por consiguiente Evans disolvió a sus fuerzas y se dispuso a volver a San Francisco, desde donde enviaría una orden para poner a Hank en libertad, puesta que su presencia ya no era necesaria en el penal.

Ignoraba que, en aquel preciso momento, los psiquiatras estaban interrogando a Cody, el cual daba muestras de absoluta cordura y plácidez. Llamaron a la puerta y apareció Ryley con su bandeja de comida.

—Ahora no, Ryley — dijo el doctor Simpson.

—Quiero comer algo! — exclamó Cody.

—Pero si ya se negó dos veces!

—Por eso tengo hambre ahora — replicó Cody.

—El apetito siempre es una buena señal — dijo el psiquiatra, doctor Harris —. Dígame, Cody, ¿no le gustaría cambiar de ambiente?

—Quizá eso me sentará bien... Pero no quiero que me den de comer, como a un crío — protestó cuando Ryley le acercaba la cuchara a la boca.

—Le podrían quitar la camisa de fuerza, doctor — aconsejó el psiquiatra.

—Yo lo haré — se ofreció Ryley —. Desde luego, te ataran muy bien.

Al mismo tiempo Ryley deslizó un revólver por el interior de una de las mangas de la camisa de fuerza. Cody se puso en pie para librarse de ella y al mismo tiempo empuñó el revólver, con el que amenazó a los asustados galenos.

—¡Se acabó el reconocimiento! — gritó —. ¡Levanten las manos!

Hizo un gesto a su cómplice, que se apoderó de la porra de goma del guardián, al que luego golpeó en la cabeza, dejándola sin sentido. Libres ya de aquel hombre armado, cuyo revólver pasó a poder de Ryley, Cody obligó a levantarse al doctor Simpson, con el que pasó a la habitación contigua y le hizo sentarse a su mesa de trabajo. Luego le indicó el teléfono, ordenándole:

—Llame usted diciéndole que traigan inmediatamente a la



enfermería a Vic Pardo y a El Lector. ¡De prisa, si no quiere morir de un balazo! ¡Ah, ordene que venga también Parker!—añadió sonriendo cruelmente al pensar en su enemigo.

El doctor Simpson obedeció inmediatamente y minutos más tarde entró en la enfermería un guardián acompañando a los tres reclusos. Ryley, que estaba oculta detrás de la puerta, cayó sobre el guardián, que pronto rodó por el suelo sin sentido. Hank Fallon, al darse cuenta de lo que ocurría, se apresuró a protestar diciendo:

—¡No hagas eso, Cody! ¡No conseguirás salir!

—¡Cállate!—le ordenó el bandido—. Yo sé cómo deben hacerse estas cosas.

—¿Por qué me has llamado, Cody?—preguntó el tembloroso Parker—. Yo no quiero fugarme...

—Vendrás conmigo. Yo no olvido nunca a los buenos amigos como tú.

—No irás a asesinarme a sangre fría...—tartamudeó Parker.

—No temas, tengo la sangre hirviendo—exclamó Cody riéndose. Luego, volviéndose a El Lector, le ordenó—: Tú ponte la camisa de fuerza. Fingirás ser el loco que los psiquiatras se llevan al manicomio. Usted, doctor Simpson, va a llamar a la guardia de la puerta diciéndole que los médicos han terminado su tarea y se marchan llevándose a Cody Jarrett.

El médico hizo lo que le ordenaban, pues temía a Cody como criminal y como demente peligroso y sabía que, en caso de desobediencia, moriría asesinado. Y Cody, mientras tanto, se dirigió a los dos especialistas y les dijo:

—Vamos a salir con ustedes, escondidos en su coche. Estamos armados y en caso de que quieran dar la alarma dispararemos contra ustedes. Por consiguiente, pocas tonterías. ¡Vamos, muchachos!

Hank Fallon no se atrevió a seguir protestando, para no despertar las sospechas de Cody Jarrett. Dóbase cuenta del peligro a que se exponía saliendo por la violencia del penal. Si había

lucha los guardiones disparaban contra todos ellos, sin hacer distinciones. Y por otra parte, Evans y los suyos habrían abandonado todo el plan cuidadosamente preparado y por consiguiente no podrían seguirlos. No obstante, estaba dispuesta a cumplir con su deber y seguir a Cady Jarrett hasta averiguar todo lo que interesaba al F. B. I.

## EN LIBERTAD

Dejando maniatado y amordazado al doctor Simpson, médico del penal, los cuatro presos salieron de la enfermería con los dos psiquiatras y subieron al automóvil, acurrucándose entre los asientos. Parker fué encerrado en la maleta posterior, pese a sus protestas, pues se daba cuenta de que se dirigía a una muerte cierta. Los dos médicos, muy impresionados, parecían dispuestos a seguir las instrucciones de sus raptos y así el coche se deslizó hacia la puerta de salida.

Uno de ellos conducía y el otro se hallaba en el asiento posterior al lado de El Lector, que se cubrió con la blanca camisa de fuerza.

El automóvil se detuvo un momento bajo la torre de guardia y uno de los agentes hizo un gesto de saludo y preguntó:

—¿Se la llevan ya, doctor?

—Sí — respondió el médico con voz ahogada.

—Adelante.

La puerta se abrió lentamente y el automóvil abandonó el recinto amurallado del penal, alejándose de sus puertas. Dos minutos más tarde, Cody Jarrett se instaló al volante y aumentó

la velocidad, dirigiéndose en primer lugar al domicilio de uno de los dos médicos, pues quería vigilarlos durante algunas horas para que no pudieran dar la voz de alarma.

Una vez en casa del doctor, Cody y sus hombres asaltaron en primer término la despensa, para improvisar una buena cena y luego dedicaron su atención al bien surtido guardarropa, donde encontraron un buen equipo para todos ellos, que se libraron de sus trajes de presidiarios.

Finalmente ataron y amordazaron a los dos médicos, y se dispusieron a continuar su fuga antes de que se movilizaran las fuerzas de persecución.

Hank Fallon se había acercado con disimulo al teléfono colgado de la pared, pero fué sorprendido por Cody, a quien no le pasaba nada por alto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Nada. Temía que alguien llamara, y extrañado de no recibir contestación...

—No te preocupe eso —lo interrumpió Cody.

Luego arrancó el teléfono de la pared y lo arrojó al suelo, terminando así con la esperanza que había tenido Hank de ponerse al habla con Evans y sus agentes.

—¿Qué hacemos con Parker? —preguntó Ryley.

Sigue encerrado en la maleta del coche —añadió El Lector.

—Es verdad —dijo Cody sonriendo mientras mordía un muslo de pollo frío—. El pobre debe estar aburrido. Voy a cuidarme de él.

Salió al jardín, donde había dejado el automóvil, y golpeó la tapa metálica posterior, llamando:

—¡Parker, Parker! ¿Cómo estás?

—Tengo mucho frío —gimió el otro.

Cody empuñó una pistola automática y antes de oprimir el disparador, dijo afablemente:

—No te preocupes. Voy a enviarte a un sitio donde estarás mucho más caliente.

Luego disparó el cargador entero de su pistola, hasta que



al percusor golpeó en falso. Parker había muerto sin dar un gemido, como si lamentara que se hubiese terminado la diversión, guardó en el bolsillo la automática y continuó comiendo con buen apetito. Sus tres compañeros lo miraban horrorizados por su imposibilidad y sangre fría, pero ninguna de ellos dijo nada, ni siquiera Hank, a quien aquel cobarde asesinato casi había hecho enfermar.

—Vamos, chicos —ordenó Cady disponiéndose a subir a una furgoneta que se hallaba ante la casa—. Hay que darse prisa, porque aún nos queda que hacer.



—¿Has cerrado las ventanas? —preguntó Big Ed.

—Sí, las he cerrado —respondió Verna, que parecía muy inquieta.

Ed colocaba en la puerta de entrada de la casa una campanilla, que sonaba al producirse el más mínimo movimiento y contempló orgullosa su obra después de hacerla funcionar varias veces. Verna continuaba de guardia junto al receptor de la radio, pues desde la emisora interrumpían a veces la emisión musical para dar noticias de las actividades de la policía, que continuaba la persecución de los evadidos de la penitenciaría de Illinois. Al parecer, estas se dirigían hacia el Sur, hacia California.

Y tales noticias no hacían más que atizar el terror pánico en que ambos estaban sumidos, aunque Big Ed procuraba disimularlo bajo una capa de aparente serenidad.

«No sé ha vuelto a saber nada de ellos desde que anoche

asaltaron una estación de gasolina al Norte de Gallup, en Nuevo México. La Policía Federal supone que Cody y los demás presidiarios se dirigen a California. Con esto, terminamos las noticias que les transmite la estación KFKL de San Bernardino...»

Verna dió vuelta al conmutador de la radio y abrazándose a Big Ed, sollozó:

—¡Vámonos de aquí, Ed, vámonos!

—Ten calma, nena — respondió él —. Lo recibiremos muy bien si viene por aquí.

—No podré resistir otra noche, Ed — gimió Verna —. Escuchando... sin dormir... ¡Me volveré loca! No es esperar a un ser humano que viene a matarte... Cody no es humano. Aunque le llenes el cuerpo de plomo, te seguirá persiguiendo sin descanso.

—Si apuntas bien, lo derribas igual que a otro cualquiera — dijo Big Ed, confiando en su magnífica puntería.

—Los demás no opinaban lo mismo que tú. ¿Por qué se fueron todos a San Bernardino?

—Porque saben que esto es un asunto entre Cody y yo. Ya volverán cuando hayamos terminado.

—Ya habrás muerto.

—Puede ser, pero llega un momento en que un hombre debe dejar de huir y afrontar la situación... De lo contrario, habrá de huir siempre, sin descanso.

—Está bien, destroza tu vida, si quieres. Entrégasela a él, pero yo... ¡Yo me voy! ¡Yo quiero vivir! — chilló Verna con histérico acento.

—Quizá vivas... si Cody te lo permite.

—Iré adonde no pueda encontrarme.

—El mundo no es bastante grande para eso, nena. Te encontrará. Y más cuando sepa lo que hiciste con su madre.

—¿Se lo dirías tú?

—Si tú me abandonas... ¿por qué no? — preguntó Big Ed sonriendo burlonamente.

—Pero... ¡lo hice por ti, Ed! ¡Te iba a matar!

—A Cody no le gustará saber que la mataste por la espalda. Y ahora, ¿piensas quedarte?

Ella afirmó inclinando la cabeza; sentíase vencida por el chantaje de Ed y le constaba que si Cody llegaba a enterarse de que fué ella quien disparó contra su madre, no habría ya posible salvación para ella.

En silencio subió a su habitación y se acostó, sin que el sueño acudiera a su llamada. Con el corazón palpitante prestaba oído a todos los ruidos de la noche y cada vez que el viento gemía entre las ramas de los árboles que rodeaban la casa, ella se incorporaba anhelante, temiendo que fuera Cody animado por el espíritu de la venganza.

Al fin, cuando ya no pudo resistir más la zozobra, tomó una decisión. Echándose un abrigo sobre los hombros, bajó descalza por la escalera, sin que Big Ed la oyera, y luego levantó la ventana de gillotina para salir de la casa sin que sonara la campanilla de la puerta.

Una vez en el exterior corrió hacia el garaje y abrió las dos grandes puertas, dispuesta a salir con el coche de Big Ed. Poco le importaba lo que a él pudiera ocurrirle. Ella era joven y bonita. Debía vivir y estaba dispuesta a sacrificar a cualquiera para conseguirla. Nunca había tenido escrúpulos y no iba a ser víctima de ellos ahora, por un hombre como Big Ed, al que consideraba ya como un cadáver. Estaba segura de que Cody volvería para vengar su traición y especialmente la muerte de su madre.

Entró en el garaje y en el momento en que iba a abrir la puerta del poderoso sedán, sintió su cuello aprisionado por unas manos poderosas que casi la estrangulaban. Y al mismo tiempo oyó la tan conocida voz de Cody que decía:

—Ya te dije que volvería... Dime que te alegras de verme —añadió mientras aumentaba la presión de sus manos en torno del cuello de la infiel—. Dila, pero muy bajito, para no asustar a Ed.

—Cody... Cody... —suspiró ella, esforzándose en respirar—. ¡Cuánto me alegro... de verte! ¡Cuánto deseaba tu regreso!

El aflojó ligeramente la tenaza, sugestionado, una vez más, por la voluntad de aquella mujer frívola y egoísta. Se propuso escucharla siquiera antes de darle la muerte que merecía y Verna aprovechó la oportunidad para defender su vida.

—Yo no podía resistir más, Cody. Ahora huir.

—¿De Big Ed?

—Sí.

—¿Qué pasa? ¿Ya no la quieres?

—¡No, no! —gritó Verna, asustada al sentir otra vez la presión de la llave que Cody hacía sobre su cuello.

—Nunca debiste huir con él, Verna. ¿No te parece?

—¡No pude evitarlo, Cody! —sallazó Verna—. Dijo que si no me iba con él, haría que te mataran... ¡Yo sólo deseaba que tú volvieres! Esa es la verdad, Cody... ¡Te quiero, Cody, te quiero!

Sin saberlo, Verna acababa de encontrar la única excusa capaz de obtener el perdón de Cody, pues éste sabía que, efectivamente, Big Ed tenía motivos para hacerlo asesinar en el interior del penal. Aflojó la presión de sus brazos y dijo:

—Dejaste que asesinara a mi madre...

—¡No! —protestó ella.

—Sí, ni siquiera moviste un dedo para evitarlo. Te quedaste tan tranquila mientras Big Ed la mataba.

Ella se estremeció al pensar en cuál sería la reacción de Cody si supiera la verdad, y deseosa de evitarlo se apresuró a dar su propia versión de lo ocurrido.

—No, no... Yo te explicaré lo que pasó, Cody...

—Quizá hasta te alegraras... Una vieja enfrentada a un hombre como ese, ¿verdad?

—¡No! Yo quise apacibirla, pero él me lo impidió y llegó a pegarme. Cuando vino tu madre, la estaba esperando y... ¡Oh, no puedo ni decírtelo!

—¡Habla!

—¡La mató por la espalda! —dijo Verna.



Sintió cómo temblaba el cuerpo de Cody y se felicitó por la trata que la descargaba del odio de Cody para aumentar el que éste sentía por su enemigo.

—¿Está ahí ahora? — preguntó él.

—Sí, pero debes tener mucha cuidado — le recomendó Verna, dispuesta ya a pasarse a su bando, que era, indudablemente, el del vencedor —. Tiene la casa muy bien defendida. No podrás entrar si yo no te ayudo.

—Bien, guíame.

Ambas entraron por la ventana que Verna dejara abierta y Cody hizo sonar la campanilla de la puerta para poner sobre aviso a Big Ed. Luego indicó a la joven que subiera en su busca. Ella obedeció sin chistar y subió la escalera para entrar en la habitación de Ed, que estaba débilmente iluminada por un quinqué de petróleo. Distinguió sobre la cama el bulto del cuerpo de su amante y cuando lo sacudió para despertarlo advirtió, extrañado, que el bulto estaba formado por dos almohadas. Y al volverse distinguió a Big Ed que tenía un revólver en la mano, esperando a su amenazador visitante.

—¿Qué es eso que se oyó abajo? — preguntó Big Ed.

—Fuí yo.

—¿Qué hacías allí?

—No pude hacerlo; lo intenté, pero no pude — suspiró ella.

—Habla claramente.

—Salí para coger el coche y huir. Estaba asustada. Pero ya no quiero irme.

—Eres un encanto — exclamó Ed abrazándola —. ¿Sigues asustada?

Ella temblaba de pies a cabeza al ver por encima del hombro de Big Ed la puerta que se abría lentamente, para dar paso a Cody. ¿Y si éste disparaba para matarlos a los dos? Haciendo un esfuerzo se apartó de él y tartamudeó:

—Por favor, Ed... quiero beber algo.

—Sírvenme a mí también — pidió Ed.

En aquel momento se abrió violentamente la puerta y Cody apareció en el umbral empuñando su revólver.

—¡Tómalo! —gritó.

Big Ed echó a correr y logró atravesar la otra puerta de la habitación, cerrándola a su espalda. Cody disparó rápidamente y los proyectiles atravesaron la hoja de madera y el cuerpo del pistolero que, muerto, rodó escalera abajo como un manigote.

Acompañado por Verna, Cody bajó pausadamente por la escalera y ayudó a su compañera a cruzar el obstáculo del cadáver de Big Ed.

Había logrado su venganza.

## EL CABALLO DE TROYA

El nuevo escondrijo de la banda se hallaba en plena campo, a cierta distancia de Los Angeles, y una vez allí Cody reunió en consejo a los antiguos miembros de la cuadrilla, aumentada ahora con la presencia de Hank Fallon, El Lector y Ryler.

Se enteró en seguida de que Big Ed había preparado el asalto a una fábrica. Y para llevarlo a cabo adquirieron un enorme camión tanque que, una vez realizado el atraco, atravesaría ante la puerta para impedir toda persecución.

—Big Ed dijo que era un buen asunto — exclamó Het.

—¿Quién? — preguntó Cody arqueando las cejas.

—Big Ed.

—No lo conozco. Continúa — ordenó Cody.

—Una empresa de esta categoría tiene los números de todos los billetes — observó Hank, que deseaba conocer más detalles de la organización de Cody —. Está loco quien pretenda pasar luego esos cincuenta mil dólares.

—El Comerciante no está loco — contestó Cody.

—¿Quién es ése?

—Mi apoderado, chico.

—¿Es de confianza? —preguntó Hank—. No me gustaría que mi parte en cualquier asunto se lo llevara un sinvergüenza.

Eres desconfiado, ¿eh? —observó Cody sonriendo—. No te preocupes por El Comerciante. Paga al contado y en buena moneda.

—¿Sí? ¿Y dónde coloca los billetes?

—En Europa, así gana por los dos lados. ¿Has visto que apareciera algún billete de aquel asunto del tren?

—Es cierto, ahora confío en él.

Salieron todos de la casa y a corta distancia pudieron ver el camión tanque de gasolina, que Cody examinó atentamente antes de dar su opinión. Luego dijo:

—Amigos, volvemos al trabajo. Tú, Het, que manejas bien eloplete, haz un agujero para que nosotros podamos meternos en el tanque. Nos va a servir de Caballo de Troya y para un asunto mucho más importante que el preparado por ese imbécil de Big Ed.

Dos días más tarde, mientras todos se esforzaban en preparar el camión tanque, apareció una furgoneta deportiva, de la que descendió un hombre con equipo de pescador. Solicitó telefonar y con gran extrañeza de sus compañeras, a quienes les constaba que no había teléfono en la casa, Cody lo hizo pasar al interior.

Pasados unos minutos, Hank Fallon entró también en ella y vió al recién llegado en afable conversación con Cody. Al oírlo, doblaron un plano que habían extendido sobre la mesa y Hank preguntó:

—¿Pesca usted mucho por aquí, señor?

—Sí, todas las años.

—¿Y qué pesca usted?

—Lubinas.

—Este hombre es un impostor, Cody! —exclamó Hank sacando el revólver, para amenazar al intruso—. Aquí se pescan truchas y no hay una lubina en cien kilómetros a la redonda.

Los otros dos se echaron a reír y Cody comentó:



—¡Eres listo, muchacho! ¡Le ha pillado, Comerciante! Este es el chico de que le hablé. Vic Pardo.

—Me alegró de conocerle —dijo el llamado Comerciante.

—Yo también, señor...

—Perdone, yo... —dijo aquel individuo, poco deseoso de dar su nombre.

—Da la misma. Vic es mi socio. Al cincuenta por ciento.

—¡Cody Jarrett al cincuenta por ciento! —exclamó el otro, admirado.

—Así lo hacía con mi madre, ¿no?

—Bueno, me llamo Daniel Winston. De San Diego, agente de bolsa.

—Siéntate —invitó Cody.

Luego comenzaron a discutir el magno programa trazado por Winston para apoderarse de la nómina de una gran refinería de petróleo situada a corta distancia de Los Angeles.



Aquella noche Hank Fallon intentó alejarse de la casa para ponerse en contacto con Evans y comunicarle cuanto sabía, pero fué descubierta por uno de los hombres que Cody había dejado de centinela y luchó furiosamente con él, hasta que apareció Cody que había estado paseando por el bosque.

Hank se vió obligado a inventar una historia y le dijo que se había propuesto visitar a su mujer sin que nadie se enterase. Al parecer, Cody no sospechó nada y después de alejar al centinela le dijo al que consideraba su mejor amigo:

—Te sientes solo, ¿verdad? Tan solo como yo mismo. A mi

únicamente me quería mi madre. Verna... Y ahora... ¿Vive tu madre?

—No... murió antes de que yo pudiese conocerla — dijo Hank.

—Yo iba paseando por ahí, hablando solo... Te parece raro eso, ¿no?

—No.

—A algunos sí les extraña. Mi vieja nunca dejaba olvidado nada... siempre en marcha, siempre vigilante. Eso era vida... Mi padre murió gritando, loco, en el manicomio. Luego mi hermano. Entonces, mi madre se dedicó a cuidarme a mí; siempre queriendo lo mejor para mí. «A la cumbre del mundo, hijo!», me decía para animarme. Y si a veces yo perdía el ánimo, allí estaba ella para darme fuerzas, para empujarme hacia el triunfo. Y ahora...

—Por lo menos, ella descansa, Cody — observó Hank, compadecido por la inmensa melancolía de las palabras de aquel hombre.

—Sí, es cierto, descansa. Por eso yo salgo así y hablo con ella... sola, ella y yo. Me gusta. Quizá esté loco, Pardo... Pero entremos a beber algo.

Verna estaba en el salón y como siempre desde que volviera al lado de Cody, acogió su presencia y sus caricias con temor, como si esperara ser víctima de una agresión que, en su fuero interno, reconocía merecer sobradamente. Pero pronto se tranquilizó al observar que Cody estaba de mejor humor que en otras ocasiones.

—Te diré una cosa, Vic — exclamó el jefe de la banda —, se me ha ocurrido una idea. Después que concluyamos el trabajo de mañana recogeremos a tu mujer y haremos un viajecito... los cuatro solos.

—¿En serio, Cody? — preguntó Verna, ilusionada —. Eso estaría muy bien.

—Ya lo creo — asintió Hank Fallon —. Nos merecemos unas vacaciones.

—Nos divertiríamos — añadió Verna —. De nada sirve el di-

nero si no se gasta. Quizá a Europa, París... codeándonos con la mejor sociedad. «¿Qué tal, condesa?» — se preguntó a sí misma mientras se contoneaba por la habitación, adoptando lo que ella consideraba aires de gran señora — Abrigos de pieles, joyas en todos los dedos... Sería la admiración de todos, Cody. Te sentirías orgulloso de mí.

—Sueñas demasiado.

—Hace muchos años que no me toma vacaciones — prosiguió ella —. No olvides lo que me has prometido.

—Bebamos por nosotros — dijo Cody llenando nuevamente los copos —. ¡A la cumbre del mundo!

—¿Qué tal esa radio, Verna? — preguntó Hank con aparente indiferencia, pues le interesaba mucho hacerse con aquel aparato.

—Una de galena se oiría mejor.

—¿Sí? Yo podría arreglarla — dijo Hank.

—Compraremos otra — ofreció Cody.

—No me molesta arreglarla — le aseguró Hank —. Así me entretenga. De todos modos, no puedo dormir.

Y una vez se hubieron retirado Cody y Verna, ambos ligeramente embriagados, Hank Fallon comenzó a trabajar activamente con el receptor para convertirlo en un oscilador que emitiese una serie de llamadas con la misma longitud de onda de los receptores de la policía.

A primera hora de la mañana logró instalarlo bajo el chasis del camión tanque y luego esperó una ocasión propicia — que no se presentó — para avisar a Evans, a fin de que los coches de la policía se esforzasen en localizar al camión tanque que debía dirigirse a un lugar determinado para transportar a la Eudrilla de Cody Jarrett.

—¿Qué haces? — preguntó Cody al ver a Hank trabajando bajo el camión —. Ya nos vamos.

—Hay que llevar una cadena arrastrando por el suelo, para evitar el peligro de las descargas eléctricas — contestó Hank, que ya había preparado esa excusa.

—Eso cuando se lleva gasolina o productos químicos.

—¿Y quieres que cualquier policía de tráfico sospeche que llevas otra cosa?

—Tienes razón, prepáralo — asintió Gody —. Tienes talento.

Minutos más tarde el jefe reunió a sus hombres y les dio las últimas instrucciones:

—Ya sabéis lo que hay que hacer y dónde hemos de encontrarnos. Allí recogeremos al chófer, a las cinco de la tarde. Entraremos en la fábrica en cuanto haya salido el turno de día. Vic y Tommy, nosotros iremos en el camión. Los demás, con Verna, en el coche. Nena, que no te detengan por exceso de velocidad, ¿eh? Hay que llegar puntualmente allí.

—No te preocupes, encanto, llegaremos — contestó Verna, abrazándose a él para besarle.



### EL MENSAJE DE HANK

En cuanto el automóvil hubo partido, Vic, Tommy y Cody subieron al asiento del camión tanque y emprendieron la marcha, a velocidad reducida, hasta que el radiador empezó a despedir un chorro de vapor y hubieron de detenerse en un puesto de gasolina para pedir que lo llenasen de agua.

Y Hank, viendo una ocasión, bajó de la banqueta y preguntó por el lavabo de la estación.

—El más limpio de todo el Oeste — le aseguró orgullosamente el propietario.

Una vez en el lavabo, Hank escribió un mensaje con jabón en el espejo:

«¡ATENCIÓN, POLICIA! AVISEN EVANS.  
SEÑALES RADIO AGENTE FALLON»

Apenas acababa de trazar estas palabras cuando oyó las pasas de Tommy que acudía en su busca y tuvo el tiempo preciso para colgar de la lámpara su chaqueta para ocultar su mensaje.

—Dice Cody que te apresures — ordenó Tommy.

—Ya voy — y al pasar junto al propietario del puesto, le dijo:

—Usted dijo que era el más limpio del Oeste, amigo, y el espejo está tan sucio que uno se ve doble.

—¿Cómo? — preguntó aquel hombre, indignado y ofendido. Y al ver que se marchaban sin ni siquiera darle las gracias, comentó: ¡Qué aprovechados! Ni siquiera han comprado gasolina.

Poco después el camión tanque llegó a una encrucijada de caminos secundarios, en el interior de un bosquecillo, donde ya estaban Verna con su coche y El Comerciante con su furgoneta.

—¡Al Caballo de Troya, muchachos! — ordenó Cody. Y acercándose al Comerciante, le preguntó: — ¿A dónde vamos?

—El chófer os llevará. Deben volver aquí antes de tres horas. Esperaré aquí.

—Vendremos. ¿Dónde está el chófer?

—Tomando una taza de café — respondió El Comerciante señalando una cabaña situada a corta distancia —. Viene en seguida.

Los miembros de la banda se introdujeron en el interior del tanque y en aquel momento el chófer salió de la cabaña para acercarse al Comerciante y a Cody, que exclamó, asombrado:

—¡Pero si es Bo Creel! Me dijeron que vivías honradamente, ganándote la vida como chófer.

—Esta noche me despido — repuso el otro.

—Debéis marcharos ya, Cody — dijo El Comerciante —. Buena suerte.

El gangster se acercó a Verna, que seguía en su coche, y le dijo:

—Ya sabes lo que has de hacer. Cuando llegues a la fábrica te detienes en la calle. Si ocurre algo, toca fuerte la bocina. — Se acercó a la entrada del interior del tanque y preguntó: — ¿Qué tal por ahí dentro?

—No se respira bien — contestó Het —. Por lo demás, encantados.

—Pues no respiréis — aconsejó Cody. Y antes de reunirse con sus compañeros, advirtió a Bo Greer — Hay un botón en la cabina. Oprimelo una vez si ocurre algo y tres cuando desaparezca el peligro. Adelante.



Cuando un cliente entró en el lavabo y descubrió el mensaje de Hank, creyó sin duda que se trataba de una broma, pero, no obstante, avisó a la policía y, minutos más tarde, Evans y los agentes federales, en coches provistos de receptores y radiogoniómetros, emprendieron la persecución del camión tanque, que iba transmitiendo su ruta gracias al oscilador dispuesto por Hank Fallon.

Los automóviles transmitían por teléfono la dirección que obtenían por sus aparatos a la central, donde dos especialistas trazaban sobre un mapa mural la dirección seguida por el camión tanque hasta que todos los datos acusaron su presencia en un punto determinado claramente:

El cruce de la calle Ciento Nueve con Figueroa

Y hacia allí volaron todos los coches disponibles de la policía metropolitana, llevando agentes armados y dispuestos a la lucha.

### ESTOY EN LA CUMBRE DEL MUNDO

La puerta metálica y electrificada de la gran refinería de petróleo se abrió sin dificultad para dar paso al camión tanque cuando Bo Creel exhibió el pase que acreditaba su condición de empleado de la compañía.

Los bandidos, encerrados en el interior del enorme depósito, guardaban absoluto silencio mientras se encendía tres veces la bombilla, para anunciar que se hallaban en un momento de peligro. Pero cuando se encendió una sola vez, indicando que habían pasado el peor momento y advirtieron que el camión se detenía, abrieron la puerta y salieron rápidamente de su escondrijo, para seguir a Bo Creel, que los había precedido penetrando en las oficinas de la dirección.

Mostró su salvoconducto al guardián, y cuando el guardián se puso en pie y le abrió la puerta, él la amenazó con el revólver y le ordenó:

—¡Deja esa pistola! ¡Dé la vuelta!

El otro obedeció, amedrentado, y Creel lo derribó de un fuerte golpe en la cabeza. Luego hizo una señal a sus compañeros para que iniciaran su trabajo. Cady, después de enviar a Cotton y a



Ryley a vigilar los alrededores de la oficina, entró con los demás en el edificio central, donde se hallaba el arca de caudales, que atacaron con el soplete de que se habían provisto.

Hank se situó junto a la puerta, como si vigilara la posible aparición de algún empleado, pero, en realidad, esperaba impaciente la llegada de Evans y los suyos, en el supuesto de que alguien les hubiera transmitido el mensaje dejado en el espejo del lavabo de la estación de servicio.

Pero cuando se volvió un momento para observar los progresos de los bandidos con la caja, se quedó aterrado al ver a Bo Creel, antiguo conocido suyo que, al parecer, también lo reconoció, aunque él se apresuró a volver la cabeza.

—¡Cody! ¡Ese individuo es un policía! — exclamó Bo Creel al oído del jefe de la banda.

—¿Cómo? — preguntó Cody, sin creer lo que el otro le decía.

—Un agente federal. Lo conozco. Se llama Fallon.

—¿Estás seguro?

—Sí, me detuvo hace cuatro años.

Hank, que había observado aquel diálogo con el rabillo del ojo, se inclinó rápidamente para apoderarse de un fusil automático, con el que amenazó a los bandidos diciéndoles:

—¡No intentéis coger las pistolas!

Cody, al ver comprobada la acusación de Bo Creel con el que hasta entonces consideraba su mejor amigo, se echó a reír.

—¡Un policía! ¡Un policía! — exclamó — ¿Qué os parece, muchachos? Se llama Fallon y nos ha engañado a todos. Lo tratamos como a uno de nosotros... y ya le había ofrecido el cincuenta por ciento a un policía. ¡Seguro que por eso le darán una medalla!

—Y de oro — contestó Hank —. ¡Vamos, levantad las manos!

—Sí, ¡una medalla de oro para el policía! — insistió Cody —. Y quizá la consiga antes de lo que se imaginó.

Acababa de ver, a través de los vidrios de la oficina a Cotton

que se acercaba por la espalda de Hank, al que golpeó en el cráneo con la culata de su revólver.

—¡Cody, todo eso está lleno de policías! —gritó Cotton, asustado mientras su jefe desarmaba a Hank.

—¡Acabemos con él! —dijo Bo Cree.

—No, no debemos perder a nuestro escudo. El nos ayudará a salir de aquí, ¿verdad, policía? —preguntó Cody zorandeando al aturdido Hank.

—No te servirá de nada, Cody. Dispararán igualmente —dijo el agente federal.

—No tirarán contra uno de los suyos.

—Te aseguro que no aceptarán ningún compromiso —repitió Hank.

—Ruega porque lo hagan —lo amenazó Cody.

Desde el exterior llegó la voz procedente de un amplificador que decía:

—¡Cody, es mejor que te entregues con tus hombres! Jarrett... salid con los brazos en alto.

—¡Tenemos aquí a vuestro amigo Fallon! —gritó Cody después de romper con el cañón de su rifle la cristalera de la oficina—. Y nada le ocurrirá si hacéis lo que os digo.

Avans oyó muy preocupado aquellas palabras, pues deseaba salvar la vida de Hank, pero no estaba dispuesto a aceptar las condiciones de los bandidos. En aquel momento uno de sus agentes se presentó acompañando a Verna y dijo:

—Esta mujer dice que puede conseguir que salga Jarrett.

—Y si lo consigo, señor, ¿me tratará bien a bien? —preguntó Verna, intentando, sin ningún resultado, fascinar a Evans—. Le diré que le dejen salir para que no mate al compañero de ustedes. Y, cuando salga, ustedes hagan con él lo que quieran.

—No me interesa —gruñó Evans—. Enciérrenlo.

—¡Imbécil policía! —escupió Verna, furiosa.

—¡Jarret, no podrás salir de ningún modo! —gritó Evans por medio del megáfono—. ¡Entrégate! ¡Sal con las manos en alto!

—«¡Sal con las manos en alto!» —repitió Cody—. ¿Qué te parece eso, mamá? —preguntó como si su madre se hallara a su lado—. ¡Ahí va mi respuesta, maldito!

Y disparó repetidas veces su rifle en dirección a las posiciones ocupadas por la policía. Evans hizo una seña a sus hombres y ordenó:

—Avanzad en abanico y lanzad gases lacrimógenos por ambos lados.

—¡Esta es la respuesta de Cody Jarrett! —gritaba éste disparando con certera y peligrosa puntería.

Un segundo más tarde se oyó el estallido de numerosas cristales y varias bombas de gas cayeron en la estancia, llenándola de un humo acre y asfixiante. Los bandidos hubieron de retroceder, tosiendo y casi ciegos, mientras Hank Fallon aprovechaba la oportunidad para arrastrarse en busca de la salida.

Al verle huir Cody disparó contra él, pero el balazo lo recibió Cotton, que cayó al suelo dando un gemido. Luego todos echaron a correr, perseguidos por las batallas de la policía. Hank atravesó la tierra de nadie y tuvo la fortuna de ser reconocido por Evans, que ordenó que no se disparara contra él. Y en cuanto le tuvo a su lado, le abrazó preguntándole:

—¿Te encuentras bien, Hank?

—Sí, desde luego... Pronto, Evans; un coche a la Hostelería de Charles, en la carretera Sesenta y Seis, junto a Colton. Prended a Daniel Winston. ¡Es el hombre que buscas! ¡El que lo organiza todo!

Una vez tomadas las disposiciones necesarias para detener a aquel individuo, continuó la accidentada caza de Cody Jarrett y su banda. Het y Happy, que se aventuraron por un callejón por orden de su jefe, fueron ametrallados por la policía.

Los supervivientes penetraron en el laberinto de la refinería, pero fueron cayendo uno tras otro hasta que sólo quedaron Cody y Ryley, que buscaron refugio en las grandes esferas donde se almacenaban sustancias explosivas.

—¡Cuidado!— exclamó Fallon— Van a la sección de Hottensphere. Que rodeen aquella parte.

—Comunique la orden de no disparar sin estar seguros del blanco— dijo Evans hablando por la radio portátil— Todo eso está repleto de explosivos. Rodeen el sector. Que traigan faros.

Cody, agazapado con Ryley al pie de una gran esfera metálica, hablaba consigo mismo, en pleno ataque de locura homicida:

—Crean que van a detener a Cody Jarrett... ¡No lo conseguirán nunca! ¡Nunca! ¿Lo oyes, madre? ¡Nunca lo conseguirán! ¡Y se lo voy a demostrar! ¡Vamos, venid a buscarme...!

Comenzó a subir hacia la plataforma que había en la alta del depósito y Ryley aprovechó la ocasión para echar a correr hacia la policía con los brazos en alto mientras gritaba:

—¡No tiren! ¡Soy yo, Ryley! ¡Me entrego! ¡No tiren!

Pero antes de llegar a donde estaban los agentes de la ley, Cody disparó dos veces contra él, derribándolo. Evans volvió a hablar por el megáfono diciendo:

—¡Sal tú también, Jarrett! ¡Ya no queda nadie más que tú!

—¡Venid a cogerme!— gritó Cody disparando su revólver contra los policías.

Evans indicó a Hank Fallon un fusil de precisión provisto de un anteojo y le ordenó:

—Dispara tú.

Hank apuntó cuidadosamente e hizo fuego. Pudo ver cómo Cody caía de rodillas. Volvió a disparar y nuevamente alcanzó al bandido. Pero éste, sin darse por vencido, hizo fuego otra vez mientras se reía de un modo propio de un demente.

—¡Y aun responde!— exclamó Hank echándose nuevamente el fusil a la cara.

Entonces Cody Jarrett descargó los últimos proyectiles de su revólver contra el depósito metálico sobre el que se hallaba. Las llamas comenzaron a brotar a su alrededor y los agentes se apresuraron a retirarse prudentemente, esperando la explosión que iba a producirse.



Y Cody Jarrett, poniéndose en pie, gritó con fuerte voz:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Lo conseguí! ¡Estoy en la cumbre del mundo!

En el mismo instante la esfera metálica hizo explosión, convirtiéndose en un volcán de llamas, que se elevaron a gran altura, tragándose el cuerpo del bandido.

—¡Cody Jarrett! —murmuró Evans.

—Consiguió llegar a la cumbre del mundo... hasta que el mundo lo destruyó —exclamó Hank Fallon.

FIN

La mejor literatura  
la encontrará Ud. en

# Ediciones Biblioteca Films

## «Serie especial»

CUANDO QUIERE UN MEXICANO  
ASI SE QUIERE EN JALISCO  
DIEGO BANDERAS  
PERJURA  
JORGE NEGRETE (Biografía)  
LA CAMARA DIABOLICA (1.ª parte)  
EL RAYO DE LA MUERTE (2.ª parte)  
LA DOLOROSA  
TARZAN DE LAS FIERAS  
LA MADRINA DEL DIABLO  
SARGENTO YORK  
SEDA, SANGRE Y SOL  
UNA CARTA DE AMOR  
UNA MUJER INTERNACIONAL  
MI NOVIO ESTA LOCO  
¡AY, JALISCO NO TE RAJES!  
TAMBIEN SOMOS SERES HUMANOS  
LA VENGANZA DE LAGARDERE  
CAMINO DE SACRAMENTO  
DESTINO  
EXTRANA MUJER  
LA DAMA DE LA FRONTERA  
MORENITA CLARA  
MONTECASSINO

3'50 Ptas.

Jorge Negrete  
Jorge Negrete  
Jorge Negrete  
Jorge Negrete

Flash Gordon  
Flash Gordon  
Rosita Diaz  
Buster Crabbe  
Jorge Negrete  
Gary Cooper  
Jorge Negrete  
Jorge Negrete  
George Brent  
Dennis O'Keefe  
Jorge Negrete  
Burgess Meredith  
Jorge Negrete  
Jorge Negrete  
Ingrid Bergman  
Hedy Lamarr  
Ivonne de Carlo  
Evita Muñoz (Crachitai)  
Ubaldo Lay

## «Serie especial»

DON QUIJOTE DE LA MANCHA  
COMO MEXICO NO HAY DOS  
EL AMETRALLADORA  
¡VIVA MI DESGRACIA!  
TORTURA  
EL FANFARRON  
UNA CANCION EN LA NOCHE  
ALADINO Y LA LAMPARA MARAVILLOSA  
MUJERES  
GRAN CASINO  
HOMBRES DE PRESA  
EL MUNDO CELESTIAL  
EL AHUJADO DE LA MUERTE  
LOS TRES GARCIA  
EL VERDUGO  
NOCHE ETERNA  
PASION QUE REDIME  
NUNCA LA OLVIDARE  
NOCHE Y DIA  
EL BARCO DE LA MUERTE  
PAULA  
PERLA MALDITA SHERLOCK HOLMES  
FANTOMAS CONTRA FANTOMAS

4— Ptas.

Rafael Rivillas  
Tito Guizar  
Pedro Infante  
P. Infante - Trio Calaveras  
Shirley Jaffe  
Jorge Negrete  
Domingo Soler  
Cornel Wilde  
Joan Crawford  
Jorge Negrete  
John Wayne  
Hedy Lamarr  
Jorge Negrete  
Pedro Infante  
Margarita Andrey  
Henry Fonda  
Hedy Lamarr  
Irene Dunne  
Gary Grant  
Glenn Ford  
Glenn Ford  
Basil Rathbone  
Aime Clariond



CANCIONEROS DEDICADOS  
AL DIVO DE LA CANCION

# Antonio Machín

---

1 peseta

ANTONIO MACHIN  
Angelitos negros

ANTONIO MACHIN  
El divo de la canción

ANTONIO MACHIN  
Dos gardenias

2 pesetas

ANTONIO MACHIN  
Anoche hablé con la luna

ANTONIO MACHIN  
«Cancionero Internacional»

ANTONIO MACHIN  
Boleros de moda

ANTONIO MACHIN  
Nuevas creaciones

ANTONIO MACHIN  
Melodías de Color. Nuevas canciones

ANTONIO MACHIN  
Cancionero Afrocubano

---

COMPLETE USTED LA COLECCION DEL  
MAS SELECTO ARTISTA DE MODA

---

**4** pesetas